

VIVISECCIÓN

LAW SPACE

Vivisección

Law Space

Espacio el Mundo Futuro/218

CAPÍTULO 1

En el entrecejo de Ray se formó una profunda arruga. Y, sin mirar a Larry, siguió con los ojos clavados en el piloto automático de la astronave, como si quisiese buscar la explicación a lo que le atormentaba; una posible avería del aparato de control.

Algo, sin ninguna clase de duda, debía pasar, ya que lo que estaba viendo en la esfera luminosa del piloto no podía ser verdad.

Todavía se resistió a volverse hacia el astronavegador.

Como Larry Pine, conocía de memoria aquella ruta espacial que llevaba desde la tierra a la zona de los asteroides, muy cerca del gigante Júpiter. La había recorrido media docena de veces, en una nave mucho más pequeña y potente que la «USA-Space-7», en la que iban ahora, mucho antes de que el Gobierno autorizase la expedición científica de la que se había hecho cargo hacía un par de semanas. Y por conocer aquel camino con todo detalle, se resistía ahora a creer lo que los aparatos de control le mostraban.

Al final, terminó por volverse a Larry y preguntarle:

—¿Cuál es tu opinión?

Pine, un joven alto, delgado, con rostro inteligente y agradable sonrisa, clavó sus ojos pardos en los de su jefe y compañero.

—No tengo ninguna, Ray —repuso, con una voz forzada por su estado

de ánimo—; al menos por el momento.

Teacher comprendió perfectamente el estado de ánimo del otro y calculó el asombro y la extrañeza de Pine por lo que él experimentaba en aquel momento. Pero entre Larry y él había una diferencia, dentro de la nave, que era imposible ignorar; él era el jefe, el responsable.

—Hay que hacer algo — dijo, sabiendo perfectamente que aquellas palabras podía habérselas ahorrado.

—Sí —repuso Larry al cabo de unos instantes. Luego se animó y repuso—: Creo adivinar que estás pensando en la posibilidad de que los aparatos se hayan estropeado...

Ray preguntó:

—¿Encuentras tú otra explicación, Larry?

—No. Pero tampoco considero razonable ésta. Compréndelo, Ray; los aparatos están sometidos al control de una serie de mecanismos que nos hubiesen avisado con tiempo, de una posible avería, de un circuito falso en las redes electrónicas o en las lámparas. Nada de esto ha sucedido.

—¿Y si el control interno fuese el averiado?

Ahora, Larry no tuvo más remedio que sonreír. Aunque no sentía ninguna gana de hacerlo.

Porque sabía perfectamente que Ray estaba hablando por hablar, diciendo cosas sin sentido, mientras su mente trabajaba a gran intensidad en busca de lo que podía haber provocado todo aquello.

Sin embargo, contestó con amabilidad:

—Bien sabes que eso no es posible...

Ray se mordió los labios.

Después repuso:

—Sí, ya lo sé, Pine. ¡Maldita sea! En diez años que llevamos atravesando juntos el espacio, jamás ha ocurrido una cosa semejante. Hemos tenido averías, a veces muy graves; pero todas ellas tenían una explicación lógica, un motivo más o menos oculto, que no tardábamos en descubrir. Mientras que ahora...Sí, ahora el problema era mucho más completo. Porque, sencillamente, lo que había ocurrido,

momentos antes, era que la nave se había alejado de su rumbo normal, de una manera que parecía como si el aparato fuese atraído por una fuerza colosal, tal y como hubiera ocurrido de encontrarse junto a cualquier astro.

A regañadientes, Ray volvió a echar una ojeada al cuadro gravitacional.

—¡Es imposible! —gruñó—. La «USA-Space-7» está siendo atraída con una fuerza casi igual a la que sentiríamos si estuviésemos a ochocientos mil kilómetros de Júpiter… ¡Y nos encontramos a millones de kilómetros de él!

Esperaba, con toda seguridad, que Larry dijese algo. Y al ver que su amigo no despegaba los labios, interrogó:

—¿Es que no te das cuenta, Pine? ¿Qué demonios puede atraernos de esa manera? Todos los asteroides que nos rodean son incapaces de ejercer sobre nosotros una fuerza gravitatoria de esta intensidad… ¡Qué me ahorquen si lo entiendo!

—Es como si en el mar un barco se viese arrastrado por una corriente submarina.

—¡Una corriente submarina! ¿Desde cuándo has oído hablar de una corriente cósmica? No, no existen, Larry. Y tú lo sabes tan bien como yo. Además, si se tratase de un fenómeno de ese tipo, nos estrellaríamos contra alguno de los asteroides… ¿Te has dado cuenta de que los sorteamos como si fuésemos dirigidos?

—Sí, Ray; ya me he dado cuenta.

—Además, una corriente marina, como tú decías antes, arrastraba a un pobre navío de vela o a la barcucha de un pescador miserable. ¡No serías capaz de mover ni una pulgada a un barco moderno! Y bien, nuestra astronave posee una fuerza de impulsión como la de un portaaviones. ¿O has olvidado que nuestros turborreactores producen una fuerza de mil millones de caballos?

—No, no lo he olvidado.

—Entonces, ¿qué clase de diabólica fuerza nos ha sacado del rumbo y nos lleva Dios sabe dónde?

Era repetir la pregunta una vez más.

Y Larry comprendió que había llegado el momento de proponer soluciones y dejar las suposiciones a un lado.

—¿Te parece que encendamos los cohetes laterales? Podríamos forzar esta atracción y volver a nuestro camino.

—Sí. Creo que debemos hacer eso, aunque me fastidia gastar esos cohetes que podrían servirnos en cualquier otra ocasión.

—Esta me parece lo suficientemente importante, Teacher.

—Sí. Hazlo.

Larry salió de la cámara de mando, hundiéndose en las entrañas de la nave, dirigiéndose hacia la cabina donde se encontraban los mandos de los cohetes laterales, fuerza que no se empleaba más que en ocasiones excepcionales y que, por lo mismo, estaban fuera del control de la cabina principal.

Momentos después, ante sus aparatos, con un cigarrillo en los labios, que acababa de encender, Ray experimentó una sacudida al ponerse en marcha los cohetes de emergencia que Larry acababa de hacer funcionar. .

Una sonrisa se pintó en su rostro, paliando un tanto la sombría expresión que ostentaba, al ver que la aguja del rumbo se inclinaba bruscamente hacia la derecha.

Poco importaba, en el seno del espacio, los sentidos y las direcciones. Arriba, abajo, derecha o izquierda carecían de importancia y de significación. Pero, para Teacher, aquel cambio brusco en el rumbo de la nave significaba un positivo alejamiento de la ruta que la misteriosa fuerza de atracción les había impuesto minutos antes.

—¡Hemos salido! —exclamó, con un brillo de gozo en las pupilas.

Pero su alegría duró muy poco.

El cambio de rumbo fue efímero. Implacable, la aguja volvió a inclinarse, marcando una vez más la dirección que había seguido hasta la puesta en marcha de los cohetes.

Esta vez Ray sintió que un sudor frío le pegaba desagradablemente la ropa al cuerpo.

Fue en aquel momento cuando Larry entró, sonriente.

—¿Lo hemos logrado, Ray?

Teacher le mostró con un gesto desesperado los aparatos.

No hubiese hecho falta que Pine se acercase, ya que el rostro de su compañero expresaba claramente su desilusión; pero, no obstante, echó una ojeada a la aguja; después, volviéndose hacia Teacher, preguntó:

—No hemos conseguido nada, ¿verdad?

—Sí. El rumbo cambió durante segundos; luego— una triste sonrisa entreabrió sus labios—, esta maldita atracción actuó de nuevo y fíjate si la seguimos mansamente.

Larry se había vuelto, y dirigiéndose a la mesa sobre la que estaban, en un rollo giratorio, los mapas celestes, pulsó el botón que colocó, en unos segundos el de la zona en la que se encontraban.

Buscaba una explicación, pero los datos que allí veía no le ayudaban en absoluto. La zona de los asteroides, archiconocida, se extendía a ambos lados por la derecha hasta la zona próxima a Marte, y a la izquierda, la del gigantesco Júpiter.

Larry conocía casi todos los asteroides, sus masas, sus órbitas, sus fuerzas de atracción. Era, por decirlo así, como una calle conocida por la que uno pasa cada día, recordando, de una manera inconsciente, hasta los más Ínfimos detalles, hasta tal punto que puede atravesarla con los ojos cerrados.

Nada había allí que justificase aquella anormal desviación del rumbo y, mucho menos, la fuerza que parecía atraerlos…

¿Hacia dónde?

Con una regla de material plástico, completamente transparente, Pine marcó la dirección que la nave seguía. Justo entonces, sintió la presencia de Ray a su lado.

—¿Qué intentas? —inquinó el comandante.

—Ver hacia dónde nos dirigimos.

—¿Y bien?

No era necesario que Larry dijese nada. La regla era lo suficientemente elocuente al señalar una porción cualquiera del espacio, un tanto

alejada de la masa polvorienta que representaba a los asteroides.

—Vamos hacia aquí.

—¿Y qué hay «aquí»?

Teacher cerró los puños.

—¡Es como para volverse loco! Y lo malo es que estamos alejándonos de la ruta de las astronaves. Si no lanzamos un SOS pronto, no alcanzarán nuestros emisores.

—No es mala idea. Voy a hacerlo.

Cruzó la sala, sentándose ante la potente emisora de la nave. Y con voz clara anunció:

—¡Aquí la «USA-Space-7»! Desviada de la ruta cero, dos uno por un fenó...

No siguió.

Cuando se volvió a Ray, su frente estaba perlada de sudor.

—La radio no funciona, Teacher.

Se acercó el otro, comprobando al momento que su amigo no se equivocaba.

—Las ondas —explicó Pine —son reflejas. Fíjate en este «ojo mágico»..., duplica, casi al instante, las contorsiones de las ondas sonoras en el espacio.

Larry era un verdadero especialista en radio, televisión y radar. Ray escuchó atentamente.

Luego preguntó:

—¿Y eso que quiere decir, amigo mío?

—Sencillamente, que estamos rodeados por una capa electromagnética muy potente, que rechaza las ondas. Algo de lo que ocurre en las altas capas de la Tierra.

—Comprendo lo que quieres decir; pero ¿qué demonios hace aquí, en pleno espacio, esa capa magnética? Nunca la hemos encontrado...

—Hasta ahora, Ray…

—Es verdad.

Se alejó Teacher hacia los aparatos de control. La preocupación se leía claramente en su rostro. Acercóse a la aguja, comprobando que el rumbo era siempre el mismo, por desgracia. Pero al mirar hacia el velocímetro, lanzó un rugido.

—¡Larry!

Abandonando la silla metálica, ante la emisora, el otro corrió hacia su amigo.

—¿Qué ocurre, Ray?

—- ¡Fíjate! ¡Estarnos duplicando la velocidad!

—¡Es verdad!

Se miraron, sin decirse nada.

—¡Voy a apagar todos los motores! —rugió Ray, fuera de sí —. ¡Veremos sí esta fuerza de atracción es la misma!

Hizo lo anunciado y luego regresó al lado de Pine.

—¿Qué hay? —preguntó.

—La velocidad no deja de aumentar.

Ray exclamó:

—¡Pero esto no sigue ninguna Ley física, Larry! ¿Qué demonios nos está pasando? Si estuviésemos junto a un astro, todo se explicaría. Pero incluso en ese caso, al cortar los motores, la velocidad hubiese disminuido notablemente, aunque la atracción siguiese. Porque, en tal caso, sería ella sola la que actuase sobre la nave.

—Sí, tienes razón, Ray; todo esto es muy extraño…, y es posible que muy peligroso.

Teacher no pudo evitar una risa nerviosa, que sonó a falsa en la cabina de mando.

—¿Peligroso? ¡No me hagas reír, Larry! ¿Es que no te das cuenta de que pasamos entre los asteroides, como si fuésemos pilotados por una

mano experta? Ni nosotros mismos hubiésemos sido capaces de pasar en este loco archipiélago ni aunque hubiésemos deseado hacerlo.

—Es posible que la corriente magnética que debe venir de lejos, pase por entre ellos.

—Sí. Encontraremos muchísimas explicaciones, ya que no nos hemos roto la cabeza contra uno de estos asteroides,.. Explicaciones no nos faltan, ¿verdad, Pine?

Hubo una pausa; luego, Larry, sumamente serio, preguntó:

—¿No vas a comunicarles nada, Ray?

Teacher miró a su amigo.

Hacía mucho tiempo, casi desde que la variación de rumbo se había producido, que pensaba en ello: en decir a los otros lo que ocurría. Pero había esperado, aferrado a una esperanza que ahora consideraba vana, que pudiesen arreglarlo.

—Sí —dijo con voz sorda — , tendremos que decírselo.

Los demás estaban abajo, en sus cabinas o seguramente reunidos en el salón, a mil leguas de la realidad, creyéndose seguros, camino de Titán, satélite de Júpiter, que se proponían estudiar, y donde el Gobierno había montado ya una base militar de ocupación.

Un viaje —les habían dicho— tan tranquilo como ir de Nueva York a Los Angeles. Un viaje seguro, ya que Ray y Larry lo habían hecho muchísimas veces, y que, además, las astronaves militares recorrían dos veces por mes,

¿Qué podían temer?

Todos ellos eran jóvenes, ninguno había cumplido cuarenta años. Y para Ray, aquélla era la expedición más agradable de la que nunca se hizo cargo, si la comparaba, sobre todo, con las que hizo a Marte, con viejos profesores que no sabían más que gruñir, la mayor parte de las veces cosas ininteligibles.

—Voy a hablarles —anunció.

—Ten cuidado con lo que dices, Ray.

—¿Por qué?

Larry sonrió con simpatía, encogiéndose de hombros.

—Es posible —dijo, al cabo de unos instantes—, que todo esto pase y que consigamos escapar a esta corriente magnética.

Ray le miró fijamente.

—¿Lo crees así, sinceramente... Larry?

—¡Hombre, yo...!

—Es mejor así. Ni tú ni yo creemos una palabra de lo que decimos, en cuanto a esperanzas se refiere. Nos ha tocado la china, Larry. Estoy seguro de que vamos hacia una catástrofe de la que no podremos escapar.

—¡No debes ser tan pesimista!

—¿Por qué no? ¿Hay algo que pueda desviarme de esta postura?

—No, pero...

—¿Pero qué?

—Los demás no deben ver las cosas así. Como jefe de la nave, creo que no deberías entrar en el salón con ese rostro.

Haciendo un esfuerzo, Ray logré una sonrisa que más parecía una mueca,

— Procuraré sonreír, Larry. Aunque me costará mucho. Pero, de todos modos, no temas: los trataré como lo que son, como pasajeros de nuestra nave, que deben tener, por lo menos, una esperanza para un futuro que tú y yo vemos completamente negro. Y abandonó la cabina de mando.

CAPÍTULO 2

¿Me das fuego, querida?

Esther se volvió, sacando el encendedor que llevaba en el bolsillo del

pecho de su blusa. Lo encendió y tendió la llamita hacia el cigarrillo que Molly tenía entre los labios.

Eran hermosas las dos; no obstante, completamente distintas.

Molly Dennis, la ayudante de Lañe, el biólogo de la expedición, era afta, morena, con unos grandes ojos rasgados, y una piel curtida por el sol. Respiraba salud por todos sus poros y siempre tenía una sonrisa en los labios. Esther Olson, la colaboradora de Griswold, el geólogo, aunque de estatura igual a la otra, parecía menos corpulenta, más delicada.

Su piel era blanca y los cabellos rubios, tirando a rojos en algunas partes, la hacían parecer más juvenil que su compañera, infantil algunas veces.

Los dos hombres, que jugaban al ajedrez en el otro extremo del salón, en el piso inferior de la astronave, eran también jóvenes.

Adam Lañe, el biólogo, parecía mayor que su contrincante en el juego, porque la obesidad había desfigurado las líneas de su cuerpo. Sin embargo, no había perdido por completo su prestancia.

En cuanto a Howard Griswold, el geólogo, era extremadamente delgado, huesudo, como si su profesión, al ponerle en contacto con las rocas, le hubiera convertido en una de ellas, haciendo salir a través de su piel las aristas cortantes de los huesos de la cara. Pero, salvo la cabeza, que parecía como tallada, el resto del cuerpo demostraba un buen entrenamiento. Por algo había sido por dos veces consecutivas campeón de los cien metros en la universidad donde cursó sus estudios.

Una vez encendido su cigarrillo, Molly se dejó caer nuevamente en el cómodo sillón que ocupaba y que había abandonado, sólo por un instante, para pedir fuego a su compañera de viaje.

—¿No te aburres, Esther? —preguntó, después de expeler una bocanada de humo hacia el techo de la habitación.

Esther preguntó:

—¿Aburrirme? ¿Por qué me preguntas eso, Molly?

—No sé. Será, probablemente, porque tengo muchísimas ganas de llegar a Titán.

Hizo una pausa; después, sonriendo de una manera muy femenina, continuó:

—He oído hablar del comandante de la base, un joven apuesto y que viste muy elegante.

La otra la miró sorprendida.

—¿Es ése tu objetivo predilecto, querida?

—¿Por qué no? Aquí —e hizo un gesto hacia los profesores— no hay lugar para entretenerse con ellos. ¡Hace muchísimo tiempo, hijita, que he aprendido que los hombres de ciencia están completamente ciegos!

—¿Y crees que ese famoso comandante no lo estará?

—¡Seguro que no! Piensa, querida Esther, que ya no somos ningunas adolescentes y que, lo queramos o no, hemos de ir pensando en «establecernos», si es que la palabra matrimonio te da miedo…

—¿A mí? No, Molly. El matrimonio no me dio nunca miedo; pero no creo que sea una cosa que tengamos que forzar precisamente nosotras, cuando sintamos el deseo de casarnos.

—Yo creo que sí. Mamá me dice siempre que debemos ser nosotras las que «forcemos el paso», perdóname la expresión. En Biología tenemos una palabra más adecuada, mucho más explícita; catalizadores. La mujer ha de ser el catalizador del matrimonio; es decir, el agente que precipite, en cierto modo, las cosas, sin aparentar hacerlo.

—Ya comprendo. Eso es, amiga mía, la expresión más cínica que jamás oí de lo que vulgarmente se llama el «eterno femenino».

—¿No estás de acuerdo?

—En absoluto. Yo creo que las cosas deben ser mucho más naturales y, por lo tanto, más encantadoras…

—¡Qué divertido! Parece mentira que sigas pensando de esa mane…

Lañe exclamó:

—¡Jaque mate, mi querido Howard! ¡Su rey no tenía escapatoria!

Griswold asintió.

—Es verdad. Ya lo había visto hace unas seis jugadas. Y no debí

insistir. Debía haber tumbado antes el rey; pero, francamente, confiaba en ese peón, que ya estaba llegando a séptima...

—¡Bah, querido amigo! ¿Y para qué quería usted que tuviese mi alfil negro? ¡No hay nada como un alfil para cortar el avance de un peón peligroso. El alfil es como un cuchillo de dos filos, que apunta a dos direcciones a la vez.

Molly se encogió de hombros, y con un acento burlón en la voz:

—¿Te das cuenta, querida? Alfiles, reyes..., peones... ¿Qué puedes esperar de dos hombres como ésos? —suspiró—. Hace tres años, cuando fui a trabajar con el profesor Lañe, te confieso que hasta llegué a hacerme algunas ilusiones. Pero después, cuando me di cuenta de que en cuanto salíamos del laboratorio se iba al Club, para jugar esas insípidas e interminables partidas de ajedrez con sus amigotes, me dije: «Este no te conviene, Molly». Porque ¿te imaginas una esposa esperando hasta las doce de la noche a su marido que, cuando llegara a cenar, te empezara a hablar de aperturas de dama, de gambitos y de cosas como ésas...?

Esther rió jovialmente:

—¡Veo que conoces el ajedrez mucho más de lo que yo me imaginaba!

—¡A la fuerza! Al principio, como te decía antes, y cuando consideraba a Adam como «probable», simulé interesarme por el juego... ¡Y hasta empezó a enseñarme! Pero yo me cansé en seguida, porque no separaba los ojos de sus malditas fichas... ¡A mí me gustan los juegos en los que la gente tiene que pasarse el rato mirándose los unos a los otros! El «bridge», por ejemplo. Te digo que hasta me hubiese gustado que Adam jugase al póquer... ¡se lo hubiese permitido, contenta de que, cuando jugara conmigo, no dejase de mirarme!

Fue en aquel instante cuando Ray apareció en el umbral de la puerta, deteniéndose unos instantes y mirando sobre todo a los hombres, que estaban colocando las fichas para empezar otra partida.

Molly, que había visto entrar al jefe de la astronave, sonrió.

—¡He aquí a un muchacho verdaderamente encantador, pero demasiado serio!

—A todos les encuentras defectos.

—No lo creas, querida. Este no los tiene; lo que ocurre es que su puesto de comandante le impide visitarnos con más frecuencia. Pero estoy segura que, tratado con un poco más de intimidad, debe ser adorable.

—¡Por favor, Molly! —suplicó la otra.

Entretanto, Teacher se había acercado a los hombres, y con una sonrisa que le costó un trabajo ímprobo conseguir, preguntó:

—¿Quién ha ganado?

—El profesor Lañe —repuso Howard, sonriendo — . Pero ahora veremos si se atreve a hacerme lo que hizo en la partida anterior.

—No repetiré la maniobra, Howard —repuso el otro — . Sería como condenarme desde el principio de la partida.

—Lamento interrumpirles un momento, señores. Pero hemos de hablar.

Le miraron. Y Adam, frunciendo el entrecejo, interrogó:

—¿Pasa algo, comandante?

—Sí, pero deseo que me oigan todos. ¿Tendrán la amabilidad de venir a sentarse al lado de las damas?

Se levantaron, reuniéndose todos en el otro extremo del salón, junto a Esther y Molly; ésta, que sonreía, no separaba los ojos del rostro grave del comandante.

Después de dejar que los dos sabios encendiesen sus cigarrillos, Ray creyó llegado el momento de empezar, sin perderse en ambigüedades preparatorias:

—Verán —empezó a decir—: hace un rato, mi ayudante y yo hemos observado una desviación anormal en el rumbo de la «USA-Space-7». Creyendo que se trataba de algo sin importancia, hemos hecho actuar los cohetes de estribor. Pero no hemos conseguido nada, y la nave sigue un rumbo que nos aleja, cada vez más, de nuestra ruta.

—Si le entiendo bien —intervino el biólogo — , nos estamos alejando de la ruta, atraídos por algo, ¿no es así?

—En efecto, profesor Lañe. Larry es decir, el señor Pine y yo, creemos que se trata de un influjo magnético, una especie de corriente, como

ocurre en el océano.

—Pero —dijo Griswold —, nunca oí hablar de esas corrientes magnéticas en el espacio.

—En efecto, señor Griswold; tampoco yo creo en su existencia.

—¿Entonces?

—No me gustaría engañarles. Por eso quiero decirles que el señor Pine y yo ignoramos por completo lo que sucede.

—¿Y no hay manera de escapar a esa atracción? —inquirió Esther, que había palidecido un poco, lo que hacía que su rostro pareciese más blanco.

Ray se volvió hacia ella.

—No, señorita Olson. Y no vaya a creer que no lo hemos intentado todo. Primeramente, pusimos en funcionamiento todo un grupo de cohetes laterales que, en condiciones de vuelo normal, nos hubiera hecho girar por completo, en un arco de ciento ochenta grados. Después, al notar una aceleración anormal en la marcha, hemos detenido los turbo- motores. Pero de nada han valido esas medidas, ya que continuamos avanzando a gran velocidad.

Los ojos de Molly brillaron con una luz divertida.

—¿Y hacia dónde nos dirigimos ahora, comandante?

—Lo ignoro, señorita Dennis.

—¿Es que no ha echado una ojeada a la carta celeste? — inquirió Griswold, con un tono de reproche en la voz.

Teacher se percató de que las dificultades empezaban en aquel momento. Howard había sido el primero en entrar, bruscamente, en contacto con la problemática realidad, y ahora la expresión de su rostro había cambiado por completo.

—Sí, profesor Griswold. Hemos examinado las cartas celestes y conocemos perfectamente el rumbo que llevamos ahora y que, en realidad..., no nos lleva a ninguna parte.

Y como notase que sus interlocutores deseaban una explicación más amplia de lo que acababa de decir, prosiguió:

—Nuestro rumbo actual no «apunta», permítanme la expresión, a parte alguna; es decir, a ningún planeta o asteroide, a cuya atracción estemos sometidos.

—¡No entiendo nada! —suspiró Lañe.

—Ni nosotros tampoco, profesor —repuso Ray—. Pero, de todos modos, esta desviación no creo que vaya a ser eterna. Nos dedicaremos a analizar la naturaleza de este impulso magnético que nos rodea y lograremos, aprovechando cualquier ocasión, vencerlo y salir de él.

—¿Me permitirá ayudarles? —insinuó Griswold.

A Teacher no le gustaba aquella actitud de «profesor» que el geólogo adoptaba; pero, verdaderamente, si alguien había a bordo que entendiese de magnetismo, era, sin duda alguna, Howard Griswold.

—¿A cuántos kilómetros nos encontramos en este momento de nuestro antiguo rumbo? —inquirió Howard.

Ray exclamó:

—No lo sé con exactitud. Pero debemos de haber recorrido cerca de un millón de kilómetros… o algo más.

—¡Eso es enorme!

Ray no contestó. Se daba cuenta del problema con que se enfrentaba desde aquel momento.

De todos ellos, el geólogo, a pesar de parecerle frío y antipático, era el que más normalmente había reaccionado; aunque, naturalmente, su posición fuese la de alguien que se ha equivocado al confiarse a gente como el piloto y su ayudante, que no habían sabido prever lo que iba a ocurrir.

En cuanto a los otros…

Lañe, el biólogo, parecía ocupado por algo lejano a su situación actual, ante la que reaccionaba un poco como un muchacho contrariado. Molly, no había más que verla, estaba a mil millones de kilómetros de la realidad y no pensaba más que él, Ray, la encontrase hermosa y se fijase en ella.

«¡Es una coqueta: ni más ni menos!» —pensó.

¿Y la otra?

Parecía una muchacha juiciosa y seria; pero ¿cómo iba a reaccionar ante una situación tan distinta a la que esperaba?

La voz de Lañe le sacó de su ensimismamiento:

—¿Y no podemos pedir ayuda, comandante?

—No —repuso resueltamente Teacher—. La radio no funciona. Lo hemos intentado, pero no conseguimos nada.

—Era lógico —intervino el geólogo — : si estamos envueltos en una capa magnética, las ondas deben ser reflejadas.

—Eso es lo que dijo mi ayudante.

Molly, cuya voz había subido de tono, prueba de que acababa de entrar en contacto con la realidad, chilló:

—¡Pero eso significa que no sólo estamos perdidos, sino que no podemos comunicarnos con nadie! ¡Es mucho más grave de lo que me había imaginado!

—Yo no he negado la gravedad de la situación— dijo Teacher, mirándola—. Aunque, evidentemente, está muy lejos de lo que podíamos llamar una situación desesperada.

—Pero... —intentó decir el biólogo.

Griswold le interrumpió con un gesto:

—Estamos perdiendo el tiempo y haciéndoselo perder al comandante. Si me permite —ahora se dirigía a Ray—, voy a acompañarle para estudiar, junto a ustedes, la naturaleza de esa capa magnética —se volvió hacia Molly—. Todos mis aparatos están en las bodegas, ¿no, señorita Dennis?

—Sí, profesor. Si me necesita para algo...

—No, muchas gracias; ahora, por el momento, creo que podré valerme solo. Voy a bajar a por algunos aparatos, comandante, y en seguida me reuniré con ustedes en la sala de mando.

Se levantó, siendo imitado por Teacher; pero salió antes que el joven, que, sonriendo a los otros, les animó.

—No se preocupen con exceso. Ni un optimismo infantil ni un pesimismo excesivo nos conviene: un término medio es lo mejor. Sigan charlando y jugando. Les tendremos informados en cuanto haya algo nuevo.

Abandonó el salón, marchando hacia la cámara de mando, donde encontró a Larry, junto al tablero principal de pilotaje. El joven astronavegador se volvió hacia él.

—¿Cómo ha ido eso? —indagó.

—Ya está todo resuelto — repuso Teacher, acercándose a su compañero.

—¿Fue difícil?

—No mucho. Naturalmente, las reacciones fueron distintas. Griswold, el geólogo, fue el que primero se hizo cargo de todo. No tardará en llegar para ayudarnos, así lo dijo amablemente, a estudiar la capa magnética que nos rodea.

—Es un tipo muy enterado en todo esto; un verdadero maestro.

—¿Estás seguro?

—Por completo. Dentro de la especialidad, el nombre de Griswold es conocido en el mundo entero.

—Mejor será así.

—¿Y los otros?

—Lañe, como siempre, parece estar en la Luna, aunque esta expresión carezca de sentido desde que se viaja en el espacio. En cuanto a Molly Dennis dispuesta, como de costumbre, a esperar que te declares a ella.

—¡Menuda pájara! —rió el otro.

—No temas. La conocemos ya lo suficiente como para estar prevenidos.

—¿Y la otra?

—No sé que decirte: la señorita Olson es completamente distinta. Quizás el haber trabajado con el geólogo haya influido mucho en su carácter. Griswold es un tipo seco y duro y no debe gustar de bromas durante el trabajo.

Encendieron sendos cigarrillos.

—¿Puedo entrar?

Se volvieron a la vez, sinceramente sorprendidos, viendo a Howard en el dintel de la puerta. Llevaba una especie de maleta gris en la mano, que debía pesar lo suyo, ya que el hombre se inclinaba un tanto hacia aquel lado.

—¡Adelante, profesor! —repuso Ray, adelantándose para ayudarle.

Colocaron la maleta encima de una de las mesillas laterales.

Luego, Griswold preguntó:

—¿Hay algo nuevo?

Ray miró a Larry; después repuso:

—Sí, profesor: la velocidad de la astronave se ha duplicado. Y seguimos con los motores parados.

—Comprendo. ¿Y el rumbo, hacia dónde nos lleva?

Hubo un nuevo silencio, mucho más prolongado que el anterior.

Después, Griswold aventuró.

—Todo esto, convendrán ustedes conmigo, es muy extraño. Si ahora me permiten...

—Haga cuanto desee...

—Gracias.

Abrió la maleta, cuyo contenido parecía un magnetófono un tanto complicado. Luego, después de enchufarlo, puso en marcha el aparato. Minúsculas agujas grababan sobre una cinta azul unas líneas negras, cuyo significado ignoraban los dos astronautas.

Durante cerca de media hora, sin parecer cansarse lo más mínimo, Howard continuó moviendo mandos, variando la dirección de las agujas que, como pudieron observar los otros, volvían a realizar un trazado idéntico después de las variaciones que el profesor les imponía.

Por último, Howard detuvo sus aparatos y volviéndose a ellos, con una

enigmática sonrisa en los labios, dijo:

—Ahora, por lo menos, sabemos algo.

—¿Ha descubierto alguna cosa? —se anticipó Larry, con una expresión de ansiedad en el rostro.

—Sí.

— ¿El qué? — inquirió a su vez Teacher.

Antes de contestar, Griswold encendió el cigarrillo que había sacado de su pitillera momentos antes; luego, tras expulsar una densa columna de humo hacia el techo, aclaró:

—El magnetismo que nos rodea no es natural.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que esta fuerza que nos atrae está siendo fabricada por máquinas, lo que significa, al mismo tiempo, que seres inteligentes manejan esas máquinas.

Larry abrió los ojos, como si no diese crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Seres inteligentes ha dicho usted?

—Sí.

—Pero...

—Escuchen —insistió el profesor —: como habrán visto, he introducido modificaciones al paso de esa corriente magnética por el interior de mi aparato. De haber sido un fenómeno normal, las variaciones no hubieran sido controladas. Pero apenas variaba yo el valor de la resistencia de mi aparato a la corriente magnética, ésta se intensificaba, de forma a conseguir una fuerza siempre igual.

—¿Y qué quiere decir todo eso? —preguntó Teacher.

—Que los seres inteligentes que nos han tendido este anzuelo no quieren, en modo alguno, que la presa se les escape.

Aquélla fue la horrible respuesta.

CAPÍTULO 3

Durante un largo rato, los dos astronautas guardaron silencio, como si, incapaces de decir algo, prefiriesen dejar que lo que acababa de decir el profesor se concretase en sus mentes.

Luego, Larry, cuya palidez era mucho más intensa que la de su compañero:

—¿Quiere decir, profesor, que hemos caído en una trampa?

—Algo así, mi querido amigo.

—¿Y no hay ninguna manera de romper esta atracción, profesor?

—Desdichadamente, no. Cuando me hablaron de ello en el salón, creí, francamente, que se trataba de un fenómeno natural y estaba casi completamente seguro de que lo salvaríamos. Pero después, al comprobar lo que acabo de decirles, me doy cuenta de que nuestra situación es mucho más grave de lo que imaginaba.

—¿Cree conveniente hablar claramente a los demás?

—No. Las muchachas podrían reaccionar de una manera histérica y desagradable, creando un ambiente que empeoraría aún más las cosas.

—Tiene usted razón.

—Tampoco le diría nada a Adam.

—¿Por qué?

—Porque Lañe es un inestable. No está acostumbrado más que a los pequeños problemas de su laboratorio.

Larry intervino:

—¡Pero acabarán sabiéndolo, profesor!

Griswold asintió.

—Sí, ya lo sé. Pero, en este momento, las cosas dependerán por completo de las intenciones de los «pescadores».

Howard sonrió tristemente.

—¿Cómo llamaría usted a los que han echado este inteligente anzuelo, señor Pine?

Larry no contestó.

Como hablando consigo mismo, Ray dijo, momentos más tarde:

—¡Sí supiésemos, al menos, cómo son y qué intenciones tienen!

—No nos hagamos muchas ilusiones, comandante —repuso Griswold — . Lo que ocurre hasta ahora demuestra palpablemente que no nos consideran mucho.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, siendo indudable que se trata de seres inteligentes, con una técnica física muy desarrollada, como lo prueba esta especie de trampa magnética en la que nos han enredado, deberían, sabiéndonos igualmente inteligentes, haber intentado, al menos, entrar en comunicación con nosotros. Pero, por desgracia, deben mirarnos de la misma forma que un pescador mira al pez que acaba de enganchar en el acerado anzuelo que ha lanzado a! agua.

—¿Cree entonces que nos consideran inferiores?

—¡Ojalá fuese así! Lo peor es que pueden considerarnos como simples animalillos, despreciando todo lo nuestro.

—¡Eso es imposible, profesor! —protestó Pine, con infantil vehemencia.

—¿Por qué, Larry? —intervino Ray.

—¡Porque no! Imagínate que hubiésemos sido nosotros los que descubriésemos a una nave desconocida y que, por los medios que fuera, lográsemos apoderarnos de ella. El hecho de que el objeto cazado... o pescado, corno dice el profesor, fuese un aparato espacial, nos llevaría inmediatamente a la consecuencia de que los seres que lo pilotaban, los que habían sido capaces de realizarla, eran inteligentes. ¿No es verdad?

—Sí, en cierto modo —repuso Griswold —. Pero usted, mi querido amigo, se basa en nosotros, en nuestra naturaleza. Olvidando, desdichadamente, que los otros seres, de los que ahora tratamos,

pueden ser completamente distintos a nosotros.

—No le entiendo bien…

—Imagínese, por un momento, que esos seres son miles de veces más grandes que nosotros, que su astronave es colosal, tan grande como Júpiter, por ejemplo. ¿Qué seremos entonces para ellos? Algo así como una hormiga para usted.

—Es posible, pero una hormiga dentro de una nave espacial. No lo olvide, profesor.

Griswold sonrió.

—No lo olvido, amigo. De todos modos, si usted mira por un microscopio, ¿podría decir si el caparazón de un infusorio es un vehículo y en su interior hay un ser inteligente?

—No.

—Pues eso mismo puede ocurrir ahora. La pesca puede divertirles como a un niño que acaba de cazar una mariposa.

Larry se pasó la mano por los labios. Sus dedos temblaban.

—No debemos pensar así, profesor. Sería horrible.

—Sí —intervino Ray—. Larry tiene razón. Pase lo que pase y cualquiera que sea la naturaleza de esos seres, no debemos mostrarnos excesivamente pesimistas. Tenemos, nosotros tres, precisamente, que mantener alta la moral. Porque no sabemos aún si lograremos escapar.

Griswold bajó la cabeza.

—Perdónenme —musitó — . Quizá me haya dejado llevar por consideraciones puramente teóricas.

Y después de una pausa, luego de haber encendido un cigarrillo, expuso:

—Se me está ocurriendo ahora que podría calcular con bastante exactitud el final de esa corriente magnética.

—¿Sería posible?

El profesor dijo:

—Sí. ¿Cómo es el radar de a bordo? ¿Muy potente?

—Bastante —replicó Larry.

—Perfecto. Con mi aparato y el radar podemos intentar precisar el lugar de donde parte ese influjo magnético. ¿Quiere ayudarme, señor Pine?

—Estoy a su disposición, profesor.

—Yo —dijo Teacher— voy a dar una vuelta por ahí abajo. Quizá estén preocupados.

Abandonó la sala de mandos, descendiendo al piso inferior. Luego, al entrar en el salón, vio que no había más que la señorita Olson, la ayudante de Griswold.

—¿Y los otros? —preguntó, sonriendo y acercándose a ella.

—Molly tenía una jaqueca horrible y se ha ido a su cabina. En cuanto al profesor Lañe, también ha ido a echarse un poco. Dijo que estaba cansado; pero más bien parecía preocupado.

—Es natural.

Se dejó caer en uno de los sillones y encendió un cigarrillo.

Después de una pausa y mirando a la joven:

—¿Usted no está preocupada, señorita Olson?

Ella sonrió.

—Lo estoy —repuso— como todos, comandante. Pero la verdad es que confío en ustedes. Por lo que usted explicó, se trata de algo que nos aleja de la ruta, una especie de corriente marina. Y estoy segura de que conseguirán salir de ella. ¿No es así?

—Eso es lo que estamos intentando. El profesor Griswold nos ayuda.

—Puede hacerlo; es una verdadera autoridad en magnetismo.

—Es una verdadera suerte que venga con nosotros.

—Sí. Si se tratase de algún problema de Biología, el profesor Lañe podría serles de gran ayuda. Es un sabio en esas cuestiones. Pero —sonrió —, la Física no es su fuerte.

—Lo comprendo. También usted debe estar enterada de esas cosas.

—No mucho. En realidad, comandante, me apasionan los asuntos de los seres vivos. Mi padre era también biólogo y puede decirse que nací al lado de un laboratorio, entre microscopios y preparaciones. Por eso me alegré mucho de formar parte de esta expedición científica. Espero que podamos encontrar en Titán formas de vida inferior interesantes.

—Las hay, según he oído decir, ya que a pesar de haber estado allí varias veces, no salí nunca del reducto de la Base. Hay quien cree que los primeros exploradores, que corno habrá oído contar murieron todos, fueron víctimas de una enfermedad producida por la flora o la fauna de Titán.

—Sí. Ya lo he oído decir. Y, en realidad, éste es el motivo de nuestro viaje; es decir, uno de los más importantes motivos.

—¿No tiene miedo a la enfermedad?

—No. Estamos muy acostumbrados a manejar virus peligrosos, comandante. Naturalmente, poseemos medios de inmunización y protección para todos los casos. Aunque, cuando lleguemos a Titán, tendremos que estudiar antes su ambiente para preparar nuestras defensas…

«Cuando lleguemos a Titán»…

Ray no pudo evitar un estremecimiento.

Por más que lo intentaba, era incapaz de olvidar las horribles palabras del profesor Griswold. Porque desde que éste dijo que la corriente magnética era, realmente, un cepo, una trampa, un anzuelo, había pensado en que, después de todo, la entrada en contacto con seres inteligentes, procedentes de algún lejano lugar del Cosmos, no dejaba de ser una aventura interesantísima.

Desde hacía mucho tiempo, desde que los viajes espaciales se habían convertido en un hecho, sobre todo a partir de la llegada a Marte, en el año 2018, hacía ya un lustro, no se hablaba más que de habitantes del Sistema Solar.

Contra lo que creían los autores de Ciencia-Ficción, ni Marte, ni Venus y mucho menos los otros planetas, poseían vida inteligente. Se habían encontrado pequeñas bestias en estos mundos vecinos a la Tierra, pero se trataba de formas inferiores, comparables a las que debían de haber vivido en el globo terráqueo en los albores de su existencia.

Ahora, sin embargo, unos seres indudablemente inteligentes les estaban arrastrando hacia ellos…

No podía caber la menor duda de que aquellas poderosas criaturas procedían de fuera del Sistema Solar. Y siendo de algún lugar lejano, ¿cómo serían?

De nuevo volvieron a sonar las palabras de Griswold en sus oídos.

¡Era estremecedor!

Porque si el geólogo tenía razón, lo que podía esperarles podía ser sencillamente espeluznante.

«Como si un niño atrapase una mariposa…»

Sintió frío en la espalda.

Esther había seguido hablando y Ray simuló escucharla con atención; pero, en realidad, seguía sumido en aquellas ideas que, sin poder hacer nada por evitarlo, le daban miedo.

Al sentir pasos a su espalda, se volvió, siguiendo la mirada de la muchacha, que también se había percatado de la presencia de alguien.

Era Larry.

El joven astronavegador se acercó a ellos, sonriente, como si no pasara nada, tomando asiento al lado de la joven Olson.

—Ya hemos terminado el trabajo, Ray…

Teacher se dio cuenta de que su amigo iba a comunicarle lo que el profesor y él habían conseguido, de una manera sencilla, como si se tratase de algo normal que no guardase relación alguna con el pavoroso problema con el que se enfrentaban.

—¿Sí? —inquirió el comandante, con voz segura.

—Sí. El origen de la corriente está fuera del Sistema Solar.

—¡Ah!

—Hay además otra cosa. La distancia que nos separa de ella es de medio «mee».

Ray tuvo que hacer un esfuerzo para evitar la palidez que pugnaba por

dejar exangüe su rostro.

Porque a pesar de que Larry había utilizado una palabra que ellos empleaban corrientemente en Astronáutica, la situación seguía siendo la misma.

Un «mee» era un millón de kilómetros.

—¿Y cuál es nuestra velocidad actual, Larry? —inquirió, esforzándose porque el tono de su voz fuese lo más natural posible.

—Un «mee» por diez.

¡Un millón de kilómetros cada diez horas!

Lo que quería decir, sencillamente, que dentro de cinco horas se hallarían en el final de aquel viaje fantástico... ¡fuera del Sistema Solar!

—¿Se puede saber de lo que están hablando? —preguntó la muchacha, con una encantadora sonrisa en los labios—. Utilizan un lenguaje del que no capto absolutamente nada.

Ray sonrió, a su vez, merced a un esfuerzo considerable.

Luego repuso:

—Son datos sin importancia. El profesor Griswold ha logrado precisar el punto de donde parte esa dichosa corriente. Ahora no nos queda más que esperar un poco a que su densidad se haga menor, para abandonarla de una vez para siempre.

—¿Cuánto retrasará todo esto nuestra llegada a Titán, comandante?

Ray tragó saliva con visible dificultad.

—Hum... pues debería calcularlo, cuando sepamos con certeza nuestra posición, en el momento de abandonar la corriente; pero, de todos modos —miró a Larry—, unas dos semanas. ¿Verdad, Larry?

—Sí, comandante.

La verdad era tan distinta, que repugnaba a ambos engañar de aquella manera a la joven.

Porque, aun escapando en aquel momento a la maldita corriente magnética, utilizando los motores de la «USA-Spa- ce-7», con su

máximo poder... ¡jamás podrían llegar ni a Plutón, ya que ninguna astronave terrestre estaba preparada para un viaje tan largo!

— No es mucho tiempo —dijo la joven—; pero, de todas maneras, es un fastidio esta desviación, ¿verdad? -Tiene usted razón, señorita Olson. Yo... Fue en aquel preciso instante cuando las luces se apagaron y una oscuridad completa les envolvió.

CAPÍTULO 4

Ray se puso en pie.

— No se preocupe, señorita... Ha debido ser un cortocircuito, quizá provocado por la marcha de los aparatos del profesor Griswold.

—Voy por una linterna —dijo Larry.

Las había por todas partes y no tuvo más que avanzar a tientas y abrir uno de los armarios empotrados del salón, tomando una.

Pero, al apretar el botón, no logró que saliese ninguna luz.

—Tampoco funcionan las linternas, Ray —dijo en voz alta.

Teacher tardó unos instantes en contestar.

— Está bien. Quédate aquí unos segundos con la señorita. Yo voy a mi cabina. Guardo allí una vela. Cogeré unas cuantas y buscaremos el origen de este apagón.

Se dirigió hacia la salida, con los brazos extendidos.

No estaba, ni muchísimo menos, tan tranquilo como apacentaba.

Al apagarse la iluminación normal de la nave, debería haberse puesto en marcha, automáticamente, la luz de emergencia, como había ocurrido siempre.

Además, el que las linternas no funcionasen era algo que fe inquietaba.

Penetró en el pasillo, oyendo en aquel momento una puerta que se abría a la izquierda.

—¿Qué diablos pasa ahora? —tronó la voz de un hombre.

Ray reconoció la del biólogo. Y avanzando hacia él, procurando que fa suya sonase normalmente, aclaró:

—Un cortocircuito, profesor Lañe. Lo arreglaremos en seguida...

—¡Ah, es usted comandante!

—Si, señor.

—Estaba repasando uno de mis libros cuando, de repente... ¡zas!, se apagó la luz.

—Vaya hacia el salón. La señorita Olson y mi ayudante están allí. Procure no tropezar.

—Gracias, comandante.

Ray avanzó.

Y, de repente, un grito histérico surgió a su derecha, al mismo tiempo que una puerta se abría.

—¡Socorro! ¡A mí!

—¿Qué le ocurre, señorita Dennis?

—¿Es usted, comandante?

—Sí. ¿Le ha pasado algo?

—¿Pero es que no se ha dado cuenta de que estamos a oscuras? ¿O es que me he quedado ciega? ¡Dios mío!

—No se alarme, por favor. La luz, en efecto, se ha apagado. Pero vamos a arreglarlo en seguida.

—¡Uf! Me ha dado usted un gran susto... Hablaba tan normalmente que, por un momento, creí que me había quedado ciega.

—No se deje llevar por los nervios, señorita.

—¿Dónde están los otros?

—En el salón.

—¡Nunca podré llegar hasta allí sola! ¡Me moriría de miedo! ¿Quiere acompañarme, comandante?

Ray se mordió los labios; pero, haciendo un esfuerzo, accedió.

—Con mucho gusto.

—Acérquese más. Tengo que cogerme a su brazo.

Teacher obedeció, conduciendo a la joven al salón.

—¡Qué tonta soy!

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque tuve mucho, muchísimo miedo, comandante. Pero olvidé, como una estúpida, que con hombres como usted no puede ocurrimos nunca nada malo.

—Procuraré que así sea.

—¡Y lo será! Es usted un hombre fuerte y valiente, comandante. A su lado, en estos momentos, mi miedo ha desaparecido.

Una sonrisa, afortunadamente invisible para ella, entreabrió los labios de Ray.

Momentos después llegaban junto a los otros.

Se escuchó la voz de Larry, guiando a su jefe:

—Estamos aquí, comandante.

—Bien. Hagan el favor de hacerse cargo de la señorita Dennis. Así... vuelvo en seguida.

Avanzó lo más rápidamente posible, dirigiéndose a su cabina. Una vez dentro, fue hasta el armario empotrado en la pared metálica, buscando a tientas las velas, que no tardó en encontrar.

Cogiendo un buen puñado, regresó, ya con una encendida, al salón.

—¡Qué emocionante, comandante! —exclamó Molly, al verle de aquella guisa —. Parece como si estuviésemos en un viejo castillo inglés —se volvió hacia Esther, que estaba a su lado — . ¿No es

verdad, querida?

—Desde luego.

—Yo siempre dije que la luz de las velas tiene un no sé qué de interesante…

Ray estuvo a punto de decirle que también las velas iluminaban el féretro de los muertos.

Pero, después de encender cuatro, ayudado por Larry, dijo:

—Voy arriba. El profesor debe estar a oscuras.

Dio media vuelta, subiendo, poco después, por la escalerilla que conducía a la sala de mandos. Al llegar allí, vio en la oscuridad la punta ígnea del cigarrillo de Howard.

—Perdone, profesor… pero tuve que calmar a las mujeres e iluminar el salón antes de venir aquí.

—No sé preocupe por mí, comandante.

Y cuando Ray hubo colocado la vela sobre el tablero de los instrumentos:

—Ya me ha dicho Larry que han determinado el punto de origen.

—Sí. Dentro de poco estaremos allí.

—También me lo ha dicho.

Y tras una corta pausa continuó:

—Voy a ver si arreglo lo de la luz. Estar a oscuras no es bueno para las mujeres.

Griswold sonrió.

Luego, con acento tranquilo, dijo:

—No se moleste, comandante; no podrá arreglar nada.

—¿Por qué?

—Porque han sido ellos los que la han apagado.

—¿Eh?

—Lo que oye, comandante.

—Pero ¿cómo lo sabe?

—Me acerqué a la escalerilla con la intención de llamar a uno de ustedes, ya que me imaginaba lo que había pasado. Lo que Larry dijo y que llegó a mis oídos, me convenció de que, por desgracia, no me había equivocado.

—¿Y qué fue lo que oyó, profesor?

—Que las linternas tampoco funcionaban.

—Sí, es verdad.

—Todo esto demuestra que el origen del apagón es externo. Y el motivo de que ellos lo hayan hecho es muy sencillo...

—¿Cuál?

—Se han dado cuenta, quizá por algún aparato sensible a las ondas del radar, que estamos trabajando para saber algo de ellos. Y seguros de que todos nuestros utensilios científicos funcionan a base de electricidad... ¡nos la han cortado!

—¿Quiere decir que se han llevado... la electricidad?

—Sí, amigo mío. Que las linternas no funcionan lo demuestra de una manera irrebatible.

Hubo una larga pausa.

Teacher reflexionó profundamente sobre lo que acababa de oír.

No había duda de que Griswold tenía razón.

Y de sus palabras, que más parecían sentencias que otra cosa, sacaba la conclusión de que ellos, fueran quienes fuesen, estaban muy por encima, desde el punto de vista técnico, de las pobres criaturas humanas que viajaban en el «USA-Space-7».

—Deben ser muy poderosos... -- dijo, como si continuase pensando en voz alta.

—Eso me temo.

Ray encendió un cigarrillo, notando que sus dedos temblaban

De todas maneras —dijo, después—, creo que quizá deseen hablar con nosotros, conocer cosas sobre nuestra manera ele ser. Es muy posible que se hayan sorprendido al ver que en nuestro Sistema habla seres inteligentes, capaces de realizar viajes espaciales.

—Puede que así sea.

Teacher miró al sabio.

—Usted lo cree, ¿verdad?

—No puedo decir nada con certeza. Compréndame, Teacher… Estoy como usted, a mil millones de millas de la verdad. Y todo lo que pronostiquemos ahora no son más que palabras hueras, sin sentido ni fondo.

—Tendremos que esperar.

—Esa es la única solución lógica, amigo mío. Después de todo, dentro de unas cinco horas habremos salido completamente de dudas.

Larry, con una vela en la mano, apareció en aquel instante.

—Todo está tranquilo abajo, comandante. Están tomando el té.

Ray no pudo evitar una sonrisa.

—Después de todo, casi me alegro de que la señorita Dennis viaje con nosotros. Su carácter despreocupado, infantil y un tanto inconsciente, obra maravillosamente sobre el de los otros dos.

—¿Y Lañe? —inquirió Griswold.

—Muy tranquilo. Claro que todos esperan que la luz vuelva. El encanto de las velas empieza a desaparecer.

Y explicó en pocas palabras lo que el geólogo le había dicho.

Pine sintió que las piernas le flaqueaban y fue a dejarse caer en uno de los sillones laterales. En su mano, la vela temblaba ostensiblemente.

—¡Dios mío! —exclamó con un hilo de voz.

Y después de una pausa, sin osar levantar los ojos, preguntó:

—¿Qué va a ser de nosotros?

Ray se acercó a él, arrancándole suavemente la bujía, que colocó sobre el tablero de mandos.

—¿Crees que debemos preocuparnos de esa manera, Larry?—le animó.

El joven levantó la cabeza.

En sus ojos había una luz colérica que dominaba, por el momento, la que el miedo había apagado allí.

—¡Basta de palabras, Ray! Sabes igual que yo, como el profesor —y le señaló con el índice—, que estamos irremisiblemente perdidos. ¿Para qué hacerse ilusiones si es posible que dentro de unas horas estemos muertos?

Ray iba a replicar cuando Griswold, con un gesto, al que acompañaba una sonrisa, intervino, acercándose a Larry.

—Escúcheme, Pine... Es muy posible, aunque no lo creo, que tenga usted razón y que dentro de unas horas hayamos dejado de existir. Pero abrigaba la esperanza de que tenemos muchas más posibilidades de subsistir.

—¿Usted cree? —preguntó Larry con una sonrisa de incredulidad — . No acabo de comprenderle... porque no encuentro motivo alguno para el optimismo.

—Lo comprenderá en seguida. Verá, cuando subí aquí, a la cámara de mandos, vi que éramos arrastrados por una corriente magnética que, después de/unas comprobaciones, resultó producida artificialmente. Pero luego, al medir la distancia que nos separaba de la «fuente», de origen de esa corriente, ellos han detenido la marcha de todos nuestros aparatos, sabiendo que todos ellos se nutren de electricidad.

—¿Y qué?

—¡Pues está bien claro! Se han dado cuenta de que no somos hormigas ni microbios, sino seres inteligentes, capaces de investigar la situación en que su intervención nos ha colocado.

Hubo una luz de esperanza en las pupilas de Larry.

—¿Está seguro, profesor?

—¡Naturalmente! Ahora saben que estamos intentando

escapar de una manera inteligente y que nos hemos dado cuenta de su

existencia, que sabemos, además, la distancia que nos separa de ellos. Todo esto les ha hecho comprender que somos seres racionales. Y no podemos esperar un trato inhumano por su parte. Seguro que nos esperan tan ansiosamente como nosotros deseamos conocerlos.

—¡Maldita la gana que yo tengo de verlos! —exclamó Larry.

—Lo comprendo; pero, después de todo, no hay otro remedio, amigo mío. Y como nuestro destino nos lleva hacia ellos, tenemos que pensar de la misma manera, dejando que la curiosidad se manifieste en nosotros y apartando el temor, aunque lo sintamos.

Larry sonrió mucho más tranquilo.

—Eso me gusta más, profesor. Hasta es posible que nos hagamos amigos de esos..., ¿cómo diablos se llamarán?

—Eso no tiene ninguna importancia —intervino Teacher.

Pine se había puesto en pie. Ya no temblaba y lo demostró al encender un cigarrillo con mano firme.

Luego dijo:

—Si no les hago falta aquí, voy a bajar al salón.

—Muy bien.

Iba a hacerlo, pero se volvió, mirando a Ray:

—¿Qué les digo respecto a la luz?

—Que la avería es grave y que, por el momento, tendremos que seguir utilizando las velas.

Larry salió.

Hubo un largo silencio entre los dos hombres.

Y fue Griswold quien lo rompió:

—Su ayudante, comandante, no parece tener unos nervios templados.

—Sí, es verdad. Pero también es cierto que no me había dado cuenta hasta ahora... Quizás es porque ésta es la primera vez que nos encontramos ante una situación un tanto... extraordinaria.

—Es cierto.

—Larry se portó siempre bien, haciendo frente a situaciones verdaderamente difíciles. Pero ahora...

—Es normal.

—Lo que ocurre es que Pine es muy imaginativo. Y estoy seguro de que al oírle a usted, cuando dijo aquello de las hormigas y de los microbios, se imagino a... ellos como criaturas horribles, grandes como planetas e incapaces de darse ni siquiera cuenta de nuestra existencia.

—Lamento haber hablado de ese modo.

Teacher sonrió.

—Por fortuna, le ha dado hace unos momentos una inyección de optimismo.

—No vaya a creer que mis palabras estaban destinadas sólo a remontar la moral de Larry. También intentaba convencerme a mí mismo.

Y como Teacher no dijese nada, prosiguió:

—Yo también creo en lo que ha dicho, comandante. Ellos se han dado cuenta de que no somos animalitos sin importancia. Y eso puede contar mucho para nosotros.

—Es evidente.

—Dentro de unas horas, cuando estemos frente a frente, saldremos definitivamente de dudas. Y es muy posible que, sabiéndonos racionales, nos traten con cierta delicadeza. Claro que todo depende de su propia naturaleza.

Ray reflexionó unos momentos; luego, tras echar una ojeada al reloj de a bordo, que estaba incrustado por encima del tablero de mandos, concluyó por decir:

—Eso lo sabremos, profesor, dentro de cuatro horas, trece minutos y dos segundos...

CAPÍTULO 5

Repetidas veces Teacher bajó al salón sólo para ver cómo seguían por allí las cosas.

Pero al ver que Lañe había conseguido organizar una partida de «bridge», a la que todos los demás contribuían con entusiasmo, regresó, finalmente, junto a Griswold que, como él, quería estar allí en el justo momento en que llegase la hora cero.

—¿Cómo van por ahí abajo? —inquirió el geólogo.

—Perfectamente. Juegan a las cartas.

—Estupendo.

Ray encendió un cigarrillo.

Luego, mirando a Howard, dijo:

—Faltan quince minutos, profesor.

—Lo sé.

Ray se acercó al tablero de mandos. La esperma de la vela había formado en la base de ésta una rugosa pirámide.

Echó una ojeada distraída a los aparatos.

Y, de repente, exclamó:

—¡Profesor!

—¿Qué ocurre?

Griswold se había acercado y miraba la multitud de cuadrantes que allí había.

—Fíjese —dijo el joven, señalándole uno de ellos con mirada experta —: nuestra velocidad disminuye a ojos vista.

—¿No le parece natural, comandante?

—¿Quiere decir...?

—Sí. Y esto aboga aún más en lo que antes discutíamos con Larry... No

quieren que nos estrellemos contra ellos.

—Es una suerte que el velocímetro sea el único aparato que no necesite la electricidad para funcionar; de otro modo no nos hubiésemos dado cuenta de ello.

—Aunque teníamos que contar con un frenazo como éste.

Permanecieron allí, sin decirse nada.

La aguja del reloj siguió avanzando hasta que, finalmente, señaló aquella famosa hora que coincidía con los cálculos del geólogo.

La nave vaciló, como si una fuerza exterior la moviese en un sentido lateral. Después, bruscamente, se produjo la inmovilización total.

—Hemos llegado —musitó el profesor, con una cierta emoción en la voz.

—Sí. Pronto saldremos de dudas.

Y, de repente, la luz volvió a la nave, haciendo que sus ocupantes cerrasen los ojos, cegados por el reflejo potente de las lámparas.

Ray y Howard se miraron, sonriendo después.

Luego Teacher se acercó a uno de los ojos de buey, echando una mirada al exterior.

Griswold se había acercado también.

—¿Qué se ve?

—Nada. Oscuridad completa.

En aquel momento, Larry apareció, radiante.

—¡Ha vuelto la luz! ¿Cómo lo has logrado, Ray?

—No he sido yo, muchacho; «ellos» nos han devuelto la electricidad.

—¿«Ellos»?

—Sí. Ya hemos llegado a nuestro destino...

Y como Larry se precipitase hacia uno de los ojos de buey, advirtió:

—No te molestes, Pine; no se ve nada.

—¿Entonces?

—¿Qué quieres decir?

—Entonces, ¿cómo sabes que hemos llegado?

—La nave se ha detenido.

—¿Por completo?

—Sí.

Larry miró al profesor.

—Y, ¿qué cree que va a ocurrir ahora, señor?

—No lo sé. Como siempre, tendremos que esperar.

Sacando un pañuelo, Pine se secó la sudorosa frente.

—Esto no me gusta nada.

Por mucho que hizo, Ray no pudo evitar una sonrisa.

—¿Crees, acaso, que nos gusta a los demás, Larry? Cualquiera que te oyese estaría convencido de que hemos sido nosotros los que hemos buscado este encuentro.

—Pero yo creo que si ellos deseaban atraernos hasta su..., ¡no sé cómo demonios llamarlo!, fo primero, una vez aquí, sería haberse presentado.

—Ya lo harán.

—¿Cuándo?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Yo, como tú...

El profesor le interrumpió a la vez que señalaba el ojo de buey que Pine tenía a su espalda.

—¡Miren!

Se volvieron, contemplando, con los ojos desmesuradamente abiertos, la claridad rojiza que se filtraba por el cristal.

—¿Qué... es... eso? —balbució Larry, pálido como el papel.

Ni el profesor ni el comandante contestaron, limitándose a acercarse a la abertura vidriada por la que echaron una ojeada al exterior.

La luz era ya lo bastante fuerte como para dejar ver la totalidad del lugar donde se encontraban: una cámara metálica, de enormes dimensiones, ya que allí dentro, sin ninguna dificultad, hubiesen cabido tres astronaves como la «USA- Space-7».

—¡Una cámara metálica!

—Sí, comandante, lo que me hace pensar que nos encontramos en el interior de una gigantesca astronave, al lado de la cual las nuestras son como juguetes para niños.

—Tiene usted razón, profesor. Si esto es, como parece, la bodega de un astronavío, ¿qué dimensiones tendrá?

—Lo ignoro, pero debe ser gigantesca.

Ray sonrió.

—De todos modos, he de decirle algo, profesor...

—¿El qué?

—Estoy mucho más tranquilo que antes.

—¿Más tranquilo? —se extrañó el otro.

—Sí, muchísimo más. Todo esto demuestra palpablemente que los que han hecho una nave como ésta son inteligentes.

—De eso no hay duda.

—¡Lo que no quiere decir que sean obligatoriamente humanos! —gritó Larry, detrás de ellos.

—Pues puedo decirle, amigo —repuso Griswold—, que si no son humanos, han de parecérsenos mucho.

—¿En qué basa esa apreciación, profesor? —inquirió Ray.

—Mire hacia allí, comandante. ¿Ve aquella chapa junto a la rampa?

—Sí.

—Aquello no puede ser más que una puerta. Y si se fija bien en el

tamaño, llegará a la conclusión de que los constructores de todo esto deben tener, aproximadamente, nuestras dimensiones.

—¡Es verdad!

Estaba maravillado por la perspicacia del profesor. Y volviéndose a Larry, le invitó:

—Tranquilízate. Ven a echar una ojeada.

Pine se acercó a regañadientes, mirando hacia el exterior. Y entonces, en aquel momento, la «puerta» se abrió, lentamente.

—¡Se abre! —exclamó Larry.

Pegados los rostros al vidrio, los tres hombres vieron aumentar el espacio vacío que la puerta iba dejando al abrirse. La emoción que experimentaban era cada vez más intensa.

Pero ninguno de ellos despegó los labios.

Cuando la puerta terminó de abrirse, una alta silueta apareció en el umbral

—¡Un hombre! —exclamó Fine.

—No —repuso el profesor—, no es un hombre.

—¿Entonces?

La figura, que acababa de salir totalmente, estaba ahora bajo la luz rojiza que brotaba de las paredes de aquella enorme sala. Y, perfectamente visible, fue identificado, al mismo tiempo, por los tres hombres.

—¡Un robot!

—Sí, un robot perfecto hasta en sus más pequeños detalles… ¿Se dan cuenta de sus movimientos? Parecen los de un ser vivo.

—Sí. Tiene usted razón, profesor —repuso Ray.

Y Larry, que seguía mirando, gritó:

—¡Salen otros!

En efecto: habían salido cuatro robots más, idénticos al primero. Y

todos, con paso natural y mesurado, se acercaban a la astronave de los humanos.

Incapaces de decirse nada, los tres terrícolas esperaron. Hasta que los robots se detuvieron, junto a la «USA Space-7», mirando, precisamente, hacia el ojo de buey en el que estaban asomados los astronautas.

El que había salido el primero fue quien levantó la mano derecha, haciendo un ademán que quería decir claramente que saliesen de allí.

—Nos está invitando a salir —dijo Larry—. ¿Usted qué opina, profesor?

—Que deberíamos obedecerles y salir.

—¡Alto ahí!

Se volvieron los dos hacia Teacher.

Y Griswold, frunciendo el entrecejo, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir, comandante?

—Que nadie va a salir de la astronave.

—¿Y por qué no? ¿No ven que desean que lo hagamos?

—Todo lo que usted quiera, profesor. Pero nadie saldrá de aquí antes de que veamos el verdadero rostro de los dueños de este aparato. ¡Esos robots no son más que máquinas y yo no tengo necesidad de tratar con ellos, aunque posean una inteligencia artificial superior a la mía natural!

—¡Pero es absurdo, amigo mío! —protestó el geólogo—. Creo que olvida, comandante, que somos, lo queramos o no, sus prisioneros, por no utilizar otro término más crudo. Y que si nos invitan a salir es porque desean entrar en comunicación con nosotros...

—Todo eso está muy bien, profesor. Pero vuelvo a repetirle que nadie abandonará la astronave, a menos que los propietarios de la otra, en cuyo interior nos encontramos, se presenten, manifestando personalmente sus deseos de hablar con nosotros.

—Sin embargo...

—¡Basta, profesor! Creo que quien olvida es usted; soy el comandante

y, como en la Marina, en Astronáutica, el comandante es el dueño de a bordo, después de Dios.

Una sonrisa burlona apareció en los labios del profesor.

—No creí que fuese usted así, comandante… Sea como usted ordena.

—Sí…

Antes de separarse del ojo de buey, Pine echó una nueva ojeada al exterior.

—¡Se van, Ray!

—Déjalos. Es natural; después de todo, no son más que máquinas.

Salieron de la sala de mandos, dirigiéndose al salón, donde ocuparon sendos asientos. Entonces, después de rogar un poco de silencio, Teacher explicó lo ocurrido con todo lujo de detalles.

—¡No hay derecho! —lanzó Lañe, en cuanto el comandante terminó su detallada exposición —. No debían ustedes habernos ocultado la verdad. ¿O creían que iba a desmayarme al conocerla?

—No es eso, profesor — repuso Teacher—. Lo que ocurrió es que pensábamos poder escapar a la corriente magnética de esos seres. Y, de haberlo logrado, no hubiera hecho falta, digo yo, amargarles a ustedes la existencia.

—¡Qué emocionante! —suspiró Molly—. ¡Lástima que esos seres no se hayan presentado aún!

Griswold intervino, con amargura:

—No vaya usted a creer, señorita Dennis, que serán como los habitantes de los mundos fantásticos que vivió Flash Gordon[1]. Además, con el permiso de ustedes, voy a descansar un poco en mi cabina. Llevo muchas horas sin dormir y me siento agotado.

¡Espero que no me moleste, comandante!

—De ninguna manera, profesor. Merece un descanso.

—Gracias.

Y cuando Howard hubo desaparecido, Larry aclaró a los demás:

—El profesor Griswold deseaba que nos pusiésemos en comunicación con los robots, pero el comandante...

—¡Basta, Pine!

—Perdón, señor —repuso éste.

Se hizo una pausa profunda y un tanto llena de expectativa; luego, Esther, mirando a Ray, dijo:

—Recuerdo lo que manifestó, comandante, de que nos bastarían un par de semanas para volver a Titán.

La muchacha sonrió y Ray la imitó.

—No tenía más remedio, señorita; compréndame.

—Sí. Y no crea que le guardo rencor. En realidad, todo ha sido mucho mejor así. ¿No es verdad, Molly?

—¡Oh, sí! —luego, volviendo la cabeza hacia su amiga, inquirió—: ¿Qué decías, Esther?

—Nada importante.

Molly suspiró.

—¡Ya verás la encantadora sorpresa que nos llevaremos al ver a esos seres! ¿Te das cuenta de que vamos a ser las primeras mujeres de la Tierra que los verán?

Y como Esther se limitase a sonreír:

—¡Oh! ¿Dónde tengo la cabeza? Si se presentan ahora, ¿cree usted que ofrezco un aspecto atractivo?... ¡Voy a arreglarme!

Salió corriendo, sin dar importancia alguna al coro de risas que dejaba detrás de ella.

—¡Es impagable! —rió Teacher.

—Sí —repuso Lañe—. Y lo curioso es que me di cuenta, desde el primer momento, de su carácter infantil y alocado. Sin embargo, créanme o no, es maravillosa en el trabajo.

—¿De veras? —inquirió Larry.

—Sí. Dentro de esa personalidad tan curiosa y que raya en el histerismo, Molly es una bióloga experta, capaz de hacer maravillas con cosas tan delicadas que harían perder la paciencia a cualquiera. ¡Y valiente además! Me gustaría que la viesen manejando tubos de ensayo repletos de gérmenes peligrosísimos.

—Es curioso.

Molly volvió unos minutos más tarde, transformada por completo, convertida en una especie de «vamp».

—¿No ha habido noticias? —inquirió, adoptando una postura divertida.

—No.

Se dejó caer lánguidamente en su sillón; luego manifestó:

—Quiero que esos habitantes, sean de donde sean, se lleven una buena impresión de nosotras...

—¿Y si tuviesen seis patas o se pareciesen a una araña? — inquirió Esther.

—¡No digas bobadas!

—¿Por qué?

—¿No has oído antes a tu patrón? El comandante está convencido, por el tamaño de la puerta, de que el profesor Griswold tiene razón y que esos seres han de ser, forzosamente, como nosotros.

—Yo también deseo que sea así.

—¡Naturalmente que lo será!

Ray sonrió.

—Tendría gracia que uno de ellos se enamorase de una de ustedes, ¿verdad?

Esther le lanzó una mirada de simpático reproche, como si quisiera decirle que llevaba la broma demasiado lejos. Pero Molly, volviéndose hacia él, con una seriedad que hizo que los otros hiciesen desesperados esfuerzos por contener la propia:

—¿Y qué si pasara, comandante? Después de todo, no será ésta la

primera vez que ocurrirá tal cosa. Estoy segura que en el futuro las razas del espacio se unirán, hasta formarse una que será la dueña de todo.

—Creo que leí algo de esto — intervino Larry, mordiéndose los labios para no soltar la carcajada.

—Yo también lo leí… —entornó los ojos—. Era una historia emocionante, y el protagonista, un miembro importante de una sociedad de un planeta de no sé qué constelación, se casaba con una profesora de la Tierra…

—Muy emocionante —corroboró Esther.

—Veo que no me tomas en serio —repuso Molly, un tanto amoscada y dándose cuenta de que estaban tomándole el pelo — . Esther, eres como los hombres, como el profesor Griswold, que debe de estar arriba al lado de sus aparatos, metido en cálculos hasta las cejas…

—El profesor se ha ido a dormir. Te equivocas, Molly.

—¿A dormir? No es posible.

Sin saber por qué, Ray sintió frío en la espalda.

—¿Qué le hace estar tan segura, señorita?

Se volvió hacia él.

—Pasé delante de su cabina en el momento en que el profesor subía hacia la cámara de mandos.

—¡Vamos, Larry!

Corrieron, comprobando al pasar que la cabina de Griswold estaba vacía, ya que Howard había dejado la puerta abierta.

Tampoco estaba arriba.

Pero, a la izquierda de la sala de mandos, la puerta de salida al exterior también estaba entreabierta.

—¡Se ha ido! —rugió Teacher—. ¡El muy loco!

—Quizá no lo sea tanto como parece.

Ray se volvió hacia su ayudante:

— ¡Calla, estúpido! Lo que ha hecho Griswold es una locura, y yo soy el último de los imbéciles al haber confiado en la palabra de un hombre de ciencia. Veremos dónde nos lleva esta decisión inesperada.

CAPÍTULO 6

Al entornar la puerta de la astronave tras sí, ya que no podía cerrarse desde el exterior, ni tampoco abrirse, Howard Griswold experimentó una sensación rara, como si acabase de dejar un mundo conocido y seguro, sobre el que se podía caminar con los pies firmes, para penetrar en otro por completo desconocido.

Pero, de todos modos, la curiosidad científica era mucho más fuerte que el temor, y la duda no le duró mucho.

Así, con paso seguro, franqueó la distancia que le separaba de la rampa, empezando a caminar sobre ella, dirigiéndose a la puerta por la que había visto aparecer a los robots.

Mirando hacia su alrededor, se dio cuenta de que le era por completo imposible encontrar la forma cómo la luz rojiza penetraba en la gran sala donde se hallaba la «USA-Space-7». Al volverse para contemplar la nave, sintió de nuevo aquella rara opresión en el pecho.

Pero, dominándose, siguió su camino.

La puerta, cuando llegó junto a ella, se abrió, antes de que pudiera tocarla.

«Una célula fotoeléctrica, sin duda» —pensó.

Al otro lado, un pasillo, que parecía no terminar nunca, se abrió ante él. Durante unos instantes miró hacía el fondo, pero viendo que el corredor estaba completamente desierto, avanzó, decidido, casi seguro de que la puerta debía de haber avisado a «ellos» de su presencia allí.

Pero nadie le salió al camino.

Continuando su marcha, llegó al fondo del pasillo. Y una puerta, en la que no se había fijado, se abrió ante él.

Al otro lado, una estancia de dimensiones colosales se ofreció a sus ojos. Y, en el centro, cinco robots que parecían los mismos que había

visto desde la astronave.

Ahora, al encontrarse cerca de los hombres mecánicos, pudo percatarse de la perfección de sus cuerpos, lisos y sin rugosidad alguna, con unas manos que parecían humanas.

No se había equivocado.

Los seres que habían construido aquellas maravillas no podían ser más que hombres como él.

Sonrió, seguro de sí mismo.

Y, avanzando hacia las máquinas, cuyos ojos rojizos se habían vuelto hacia él, dijo, procurando hablar lo más lentamente posible:

—Quiero ver a vuestros amos.

Los robots no se movieron.

En prevención de lo que podía ocurrir, Griswold había traído una pistola que tenía en su equipaje y que cogió antes de abandonar la nave. Extrañado ahora de la quietud de las máquinas, sacó el arma, sintiéndose mucho mejor mientras sus dedos sentían el frío contacto de la pistola.

—He dicho que quiero hablar con vuestros amos... con... vuestros... a... mos.

Estaba junto a ellos y los observó con más detalle.

¡Si hasta parecía que respiraban!

En efecto, el tórax del que tenía más cerca se movía rítmicamente, como si aspirase y expirase el aire del ambiente.

Fue algo más fuerte que él.

Incapaz de resistir un momento más la horrible curiosidad que se había apoderado de su alma, extendió la mano izquierda, posándola sobre la frialdad de la chapa metálica del robot.

Un latido fuerte, enérgico, hizo vibrar su carne.

i Allí dentro había un corazón!

Griswold retrocedió, aterrado, intentando comprender algo de todo

aquello.

El cerebro le daba vueltas.

Contempló con una expresión de horror indecible a los robots que, inmóviles, le contemplaban igualmente en silencio. Era completamente imposible que aquellas máquinas hubiesen sido construidas de una manera que imitase tan fielmente a la naturaleza humana.

¿Para qué hacerlo, si los robots de la Tierra eran meros mecanismos electrónicos, capaces no obstante de desempeñar labores complejas?

Una sospecha penetró en su mente, como un chorro de luz que le cegase; pero, en aquel preciso instante los robots se abalanzaron sobre él.

De nada sirvieron los tres disparos que hizo, apuntando a los cuerpos lisos de los hombres mecánicos: las balas rebotaron y los robots siguieron avanzando impasiblemente hacia su objetivo.

Cogieron al geólogo con firmeza, pero sin excesiva rudeza.

Luego, tras haberle dominado, le arrastraron por la fuerza, llevándole fuera de la sala, conduciéndole después por sitios complejos, espacios estrechos entre enormes tuberías que Howard miraba sin comprender su significado.

No obstante, se dio cuenta de que las dimensiones de aquella astronave debían ser colosales. Pero, en aquel momento, lo que le preocupaba era el destino hacia el que los robots le conducían.

* * *

Entreabriendo la puerta que el geólogo había dejado abierta, Ray se asomó al exterior, viendo por primera vez, directamente, la amplia sala metálica donde se hallaba la «USA-Space-7».

Su mirada fue hasta la rampa y la puerta por la que hablan aparecido los robots.

Y volviéndose hacia los otros —todos, incluso las muchachas, estaban detrás de él, en silencio:

—¿Se dan cuenta de lo que ha hecho ese hombre? —preguntó—. Una locura. Una auténtica locura.

Esperaba que ninguno replicase a sus palabras; pero Esther, que se había adelantado un poco, mirándole fijamente, repuso:

—No juzgue mal al profesor, comandante.

—¿Va usted a darle la razón?

—Ni quiero dársela ni deseo quitársela, señor Teacher. Pero conozco al profesor mejor que usted, y estoy segura de entender los motivos que le han impelido a hacer lo que ha hecho.

Una sonrisa burlona entreabrió ligeramente los labios de Ray.

—¡Me gustaría que me explicase algo de eso, señorita!

—Con mucho gusto —replicó ella, sin que la actitud burlona del hombre la inmutase—. El profesor ha querido ponerse al habla con esas criaturas que nos han capturado, esperando solucionar todos nuestros problemas, explicarles quiénes somos y que deseamos vivir en paz con todas las razas del universo. Seguro que está intentando rogarles o convencerles de que lo mejor que podían hacer era entrar en contacto con las autoridades de la Tierra. ¿Le parece eso mal, comandante?

—¡Más que mal, señorita Olson: absurdo! El profesor se ha hecho cargo de unas atribuciones que no le correspondían. Eso es lo que ha hecho. Ha olvidado que el que manda aquí, soy yo.

Esther no contestó, alejándose de allí visiblemente contrariada.

Teacher miró nuevamente hacia la sala. Y con la mirada fija en la rampa, sin volverse hacia los otros, llamó:

—¡Larry I

—¿Qué quiere, comandante?

—Trae el rifle termógeno.

—En seguida.

Y el biólogo, que no había despegado los labios hasta entonces, preguntó:

—¿Qué intenta usted hacer, comandante?

—Echar una ojeada al otro lado de la puerta. Ver si puedo hacer que Griswold vuelva con nosotros.

Los ojillos de Lañe se animaron.

—¿Por qué no me deja acompañarle?

Ray se volvió, mirando al hombre. Después, sonriendo, accedió.

—No veo ningún inconveniente, profesor. Vaya junto a Pine y que le dé otro rifle.

—¡Muchas gracias, comandante!

Momentos más tarde, ya armados los dos, Ray se volvió y ordenó a Pine:

—Cierra la puerta, Larry, y no la abras hasta que nos veas aparecer. No debes separarte de la puerta, ya que es posible que tengamos que entrar a toda prisa... ¿entendido?

—Sí.

—Vamos, profesor.

Salieron de la astronave, con las armas dispuestas, caminando sobre la superficie metálica del enorme salón. Luego, al llegar a la rampa, subieron cautelosamente por ella, deteniéndose unos instantes, un par de metros antes de llegar a la puerta.

—No vamos a jugar a los héroes, profesor.

—No le entiendo.

—Lo que quiero decir es que, en el momento que me vea correr, me imite, sin preocuparse por nada más. Desconocemos los medios que poseen esas gentes y no debemos ser estúpidos con el afán de luchar contra ellos. No olvide que, por el momento, tendremos que enfrentarnos a máquinas con apariencia humana. Y que las máquinas no poseen conciencia alguna, ya que deben ser dirigidas a distancia.

—Comprendo.

—Disparar y correr; ésa debe ser nuestra consigna.

—De acuerdo.

Avanzaron un poco más y, como había sucedido con Griswold, la puerta se abrió sola.

—Esto no me gusta —dijo Ray—. Deben saber cuándo se abre esta puerta. Manténgase alerta, profesor.

—Bien.

El pasillo parecía no terminar nunca, pero estaba profusamente iluminado y por él anduvieron, siempre con cuidado, mirando a uno y otro lado.

—Esta astronave debe ser colosal —susurró Lañe.

—Sí.

Estaban llegando a la puerta del fondo cuando se escuchó un alarido infrahumano, escalofriante.

—¡Es Howard! —exclamó Adam, palideciendo intensamente.

Ray se mordió los labios.

No tenía miedo en aquel momento, pero se sentía inquieto y preocupado, ya que se daba perfecta cuenta de que se estaba acercando a un peligro que no comprendía ni, seguramente, estaba en disposición de anular.

Se habían detenido cuando sonó el grito, y ahora, con los índices en el gatillo del arma, no sabían qué hacer.

Otro nuevo grito se escuchó.

Era la expresión de un indecible dolor, de algo que costaba concebir en los labios de un hombre.

¿Qué le estarían haciendo al profesor?

Ray notó que el biólogo temblaba.

Y volviéndose hacia él dijo:

—No podemos abandonar a Griswold de esta manera, señor Lañe.

—Ya lo sé —la voz de Adam sonaba insegura.

—Bien, prepárese entonces. Pasaremos al otro lado de la puerta y veremos lo que pasa. Tenga el rifle dispuesto y apriete el gatillo ante la menor duda. No tema; por lo que hemos oído, esta gente no tiene ganas de cultivar nuestra amistad.

—¿Qué estarán haciéndole, comandante?

—No lo sé — repuso Ray, secamente—, pero nada agradable, de todos modos.

El otro asintió con un gesto de cabeza.

Avanzando, Teacher observó que se abría la segunda puerta y penetró en una nueva sala, decidido, con el rifle aprestado.

Había tres robots al final de aquella enorme estancia.

Pero no se veía al geólogo por ninguna parte.

Teacher se dio cuenta entonces de que los hombres mecánicos estaban delante de lo que debía ser una puerta, y que el desdichado profesor debía encontrarse al otro lado.

—¿Vamos? —invitó, sin volverse.

El biólogo no dijo nada, pero avanzó un paso, colocándose al lado del joven.

Viendo éste que Lañe estaba decidido, reanudó la marcha, avanzando decididamente hacia los robots.

Estos seguían inmóviles como estatuas.

Pero cuando los dos hombres estuvieron a unos diez metros del lugar donde ellos se encontraban, se pusieron bruscamente en movimiento, dirigiéndose a su vez hacia los humanos.

Y, en el mismo momento, se abrieron dos puertas laterales, dejando salir una buena docena de robots cada una, que también avanzaron en semicírculo hacia ellos.

—¡Dispare, Lañe, y retroceda!

El profesor obedeció, pero la llama que surgió de su rifle termógeno barrió solamente el suelo, delante de los robots que avanzaban por la derecha.

Ray levantó su arma e hizo fuego con excelente puntería.

Uno de los hombres mecánicos, golpeado en pleno pecho, se vio envuelto en una llamarada roja.

Y entonces, de la boca metálica del robot surgió un alarido espeluznante, imposible, helando la sangre en las venas de los dos hombres.

—¡Atrás! ¡Atrás! —rugió Ray.

Disparó de nuevo, pero esta vez no pudo hacer blanco, ya que no pudo apuntar con precisión, a causa de la velocidad de la carrera.

—¡Retroceda, Lañe! —gritó.

Porque el profesor se había parado y parecía inmóvil, incapaz de moverse.

Viendo que dos robots se precipitaban sobre el biólogo,

Teacher disparó cuidadosamente sobre el más cercano de los dos, pegándole en pleno pecho.

Y otra vez, con un sonido idéntico, sonó aquel alarido de dolor que, a pesar de estar muy bien imitado, tenia algo que no era humano; pero que, al mismo tiempo, parecía emitido... ¡por una criatura viva!

Tres robots más intentaron cortar ©I paso a Ray, y éste tuvo que correr a toda velocidad hacia la puerta, sin dejar de hacer fuego. Estaba llegando junto a ella cuando vio que Lañe había caído ya en poder de los robots, sin intentar defenderse en absoluto.

Los hombres máquina le habían quitado el rifle, y ahora, cogiéndole uno por cada brazo, se lo llevaban hacia el fondo de la sala.

— ¡Lañe! —gritó el joven, desesperado.

Pero el profesor ni siquiera se volvió.

Defendiéndose de los que nuevamente le acosaban, Teacher consiguió abrir la puerta de un empujón, corriendo desesperadamente por el pasillo.

Tres robots le seguían a toda velocidad.

Sin dejar de correr, Ray sentía los pasos de los hombres mecánicos

cada vez más próximos. Pensó, tristemente, que nada tenía que hacer contra aquellas máquinas, que no debían experimentar cansancio alguno, mientras que a él le ardían los pulmones, y un dolor sospechoso, hormigueaba ya su costado izquierdo. Sabía que pronto se desencadenaría aquel dolor, obligándole a detenerse, si no es que descansaba, aunque no fuese más que unos cuantos segundos.

Dejándose caer en el suelo metálico del pasillo, se volvió rapidísimamente, adoptando una postura de soldado que estuviese dispuesto a vender cara su vida.

Los robots avanzaban como flechas.

Ray apuntó al que iba en cabeza y oprimió el gatillo.

Una roja llamarada envolvió al hombre máquina, que lanzó un aullido de dolor. Pero al caer bruscamente hizo que los que le seguían tropezasen con él, derrumbándose los otros dos con un sonido de chatarra.

Aprovechando aquella pausa, Teacher se puso en pie, continuando su loca carrera hacia la salida.

Pero... ¿y si aquellos malditos o los que les mandaban la habían cerrado, haciéndole caer en una ratonera?

Volvió a oír los fuertes pasos de los robots, pero esta vez no tan cerca como antes.

Llegó finalmente a la puerta, respirando profundamente al ver que se abría.

La rampa pasó bajo sus pies a toda velocidad y poco le costó acercarse a la astronave.

También los robots habían salido a la sala.

Teacher vio que la puerta de la «USA-Space-7» se abría, lo que quería decir que Larry había obedecido sus instrucciones. Y entonces, más tranquilo que nunca, antes de saltar ai interior del astronavío, se volvió, disparando contra el más cercano de los robots.

Otra llamarada y otro alarido.

La puerta de la nave se cerró tras él.

Respiraba con dificultad; pero, sin decir nada a Larry, que le miraba

con los ojos desmesuradamente abiertos, se acercó al ojo de buey, echando una ansiosa ojeada al exterior.

Cargado con el cuerpo destrozado de su compañero, el robot superviviente estaba en aquellos momentos subiendo por la rampa.

El cuerpo de Ray estaba cubierto de sudor.

CAPÍTULO 7

Se habían reunido en el salón.

Durante la comida, Ray apenas si probó bocado, se mantuvieron todos en un silencio tácito, sin atreverse a mirarse unos a otros, aparentemente interesados en lo que contenían los platos.

Pero cuando Molly, que era quien había preparado la comida, sirvió el café y los primeros cigarrillos dejaron un hilo azul en el espacio, todos miraron a Teacher, que sintió la imperiosa necesidad de decir lo que había pasado.

Y lo relató, sin disimulos, con voz firme, pero con un acento que trasparentaba su congoja ante lo que había sucedido.

—¿Y dice usted que los robots gritaban al ser heridos? — inquirió Molly.

—Sí. No lo entiendo, pero fue así. Desde luego, no era una voz humana, y ahora que lo pienso, parecía más ser el grito de un animal herido.

—¡Pero eso es imposible! —protestó Esther—. Después de todo, y por muy perfectos que sean, no dejan de ser máquinas… nada más que eso.

—Lo sé, señorita Olson.

Intervino Molly:

—Yo leí, no recuerdo ahora dónde, que había unos robots que llevaban en el interior unos hombres de pequeño tamaño. ¿No

ocurrirá ahora algo de eso?

—Está dentro de lo posible —repuso Ray—, Tendremos que tenerlo en cuenta.

Se produjo un silencio que fue roto por Esther, con un hilo de voz.

—¿No dijo usted que oyó gritar al profesor Griswold?

—Sí.

—¿Y no lograron... verle?

—No. Estoy seguro de que estaba detrás de la puerta que guardaban aquellos malditos robots. Cuando pasamos la rampa, alguna señal debió de prevenirles de nuestra llegada, como debió suceder cuando el profesor Griswold tomó el mismo camino. Por eso hicieron guardia delante de la puerta de lo que debe ser su celda... Ahora comprendo también que el profesor no debió ofrecer mucha resistencia, ya que nos esperaban tranquilamente y no parecieron sorprenderse puando abrimos fuego contra ellos.

—Todo esto es espantoso.

—Y lo peor —intervino Larry, que no había hecho más que escuchar hasta aquel momento— es que ahora somos sus enemigos.

Ray se volvió hacia él, furioso.

—¿Y qué? ¿Esperabas que para ser sus amigos nos dejásemos coger? ¿Es que no oímos los gritos de dolor de Griswold? ¿Todavía dudas de las intenciones que tienen hacia nosotros?

—No, claro, tienes razón.

Un silencio se estableció entre ellos.

Y Larry, mirando a su amigo:

—¿Qué piensas hacer ahora, Ray?

—No lo sé, sinceramente... Mi deseo hubiese sido el de salvar a! profesor. Pero fui tan estúpido que permití que Lañe viniese conmigo. ¡No comprendo cómo se quedó allí, parado, sin reaccionar, mientras yo le gritaba que disparase y se alejase de allí!

—¡Pobre profesor Lañe! —suspiró Molly.

—Lo malo es que no somos lo bastante fuertes como para intentar un ataque a los robots y salvar a nuestros compañeros. Por otra parte, esta gigantesca astronave debe ser un verdadero laberinto, en el que nos perderíamos irremisiblemente.

—¿Entonces?

—No sé. Lo mejor que ahora podemos hacer es establecer una serse de guardias, Larry y yo, de modo que no puedan sorprendernos en ningún momento. Ustedes se encargarán de todo lo demás.

—¿Y si les ayudásemos a hacer las guardias? —inquirió Esther.

—No, Por el momento, señorita Olson, es mejor que lo hagamos como he dicho. Más tarde, si nosotros tuviésemos que hacer algo más, aceptaríamos su gentil propuesta.

* * *

Larry, junto al ojo de buey y con un rifle termógeno al alcance de la mano, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, contemplando la estancia en la que, como siempre, la luz rojiza se filtraba de una manera misteriosa.

Experimentando una depresión anímica, Pine maldecía aquel viaje y hasta su ya lejana decisión, en el remoto pasado, cuando se decidió a hacerse astronavegador.

¡Si lo hubiera sabido!

Tiró el cigarrillo a medio consumir al suelo, aplastándolo rabiosamente con el tacón de su bota.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Y aún se empeña Ray en mantener una disciplina que no nos servirá para nada!

Lo que debían hacer era acabar de una vez, salir en busca de los robots, y quemarlos, como había hecho Teacher, hasta que no quedase ninguno, y los dueños misteriosos de los hombres máquina se vieran precisados a salir de su anonimato, a dar la cara.

¡Eso es lo que tenían que hacer!

Y fue en aquel momento, cuando lanzaba una mirada de rabia hacia la

sala exterior, cuando observó que la puerta, al fondo, se abría lenta, muy lentamente.

Su mano derecha se alargó, apoderándose del rifle. Pero, al mismo tiempo, toda su furia huyó de él y sintió que las piernas empezaban a temblarle.

Estuvo a punto de correr a despertar a Teacher, pero el mismo terror que sentía le mantuvo allí, clavado en su sitio, sabiendo que las piernas se negarían rotundamente a obedecerle.

La puerta se había abierto.

Poco después, una silueta borrosa se dibujaba en el umbral de la puerta.

No, no era un robot.

Pero tampoco parecía un hombre, ya que sobre lo que podían ser los hombres había una masa enorme, que Larry no lograba distinguir claramente desde allí. Quizá la luz rojiza, al chocar contra el cristal del ojo de buey, disminuía bastante la visibilidad.

La forma empezó a avanzar lentamente, como si se mantuviese con dificultad sobre sus pies, descendiendo por la rampa y continuando su camino hacia la astronave.

Larry apretó el rifle entre sus manos.

Ray le había ordenado no abrir fuego más que en última necesidad y hacerlo abriendo el ojo de buey, y jamás la puerta.

Pero Larry no se atrevía a abrir el cristal, tal era el miedo que le atenazaba, provocándole un sudor frío.

¿Se trataría de una de aquellas criaturas responsables de la nave y dueños de los robots?

Miraba al ser extraño avanzar hacia la «USA-Space-7». Todavía no lo distinguía bien y no podía discernir con claridad lo que era aquella mancha tremenda sobre los hombros del que iba acercándose.

Hasta que lo vio.

Al principio, el terror paralizó hasta su respiración. Su mente se negó, rotundamente, a dar crédito a la imagen que le llegaba hasta su cerebro. Luego, por la fuerza, hubo de comprender que lo que tenía

delante no era ninguna alucinación, aunque bien podía ser que aquello no existiese más que en su cerebro sobrecogido por el miedo, paralizado por el pánico.

¡Era inconcebible!

La reacción se produjo, brutalmente, momentos más tarde. El afán de huir, de buscar ayuda, se impuso a cualquier otro sentimiento. Y dejando caer el rifle, corrió desesperadamente hacia la cabina de Teacher, en la que penetró, respirando tan fatigosamente como si acabase de correr una milla entera.

Ray se despertó al oírle entrar.

Y sentándose en el lecho, preguntó:

—¿Qué diablos te ocurre, Larry?

Pine estaba dispuesto a contárselo todo. Pero no pudo; su lengua se movió, eso sí, pronunciando palabras que se convirtieron, al salir de su boca, en sonidos ininteligibles.

Saltando de la cama, Teacher se vistió en un abrir y cerrar de ojos, sin dejar de mirar a Larry, que temblaba como una bola de azogue. Cogiendo después el rifle termógeno que tenía junto al lecho, salió, seguido del otro, que caminaba como una persona ebria, apoyándose en las paredes metálicas del pasillo de la nave.

Pronto llegaron a la sala de mandos, y Ray se dirigió hacia el ojo de buey, viendo que el rifle de Larry seguía en el suelo.

El otro estaba ya ante la puerta, a menos de tres metros de donde estaba el ojo de buey.

Teacher no esperaba, ni muchísimo menos, una cosa así. Y aunque su reacción no fue como la de su compañero, sintió un escalofrío que le recorría la espalda, y sus ojos se abrieron como platos por el asombro.

Pero reaccionó prestamente, y volviéndose al otro, ordenó:

—¡Abre la puerta, Larry!

Con los ojos desmesuradamente abiertos, Pine retrocedió, hasta chocar con la pared opuesta.

—¡No! ¡No abriré!

—Pero... ¿por qué? ¡Te ordeno que abras!

—¡No, Ray! ¡Por lo que más quieras! ¡No abras, Ray!

El desprecio se pintó en el rostro severo del comandante.

—Está bien. Abriré yo...

—¡No!

Larry se había abalanzado en busca de su rifle, que estaba en el suelo. Pero Ray, comprendió que una crisis de histeria se había apoderado de Larry, se adelantó, lanzando su pierna derecha hacia adelante.

Pine recibió el golpe en el rostro, viéndose rechazado brutalmente hacia atrás, cayendo de espaldas al suelo. Entonces, tapándose la cara, ahora ensangrentada, con ambas manos, se echó a llorar como un niño.

—¡No abras, Ray! —suplicó aún, entre sollozos—, ¡No abras!

Pero Teacher no le escuchó, y bajando las tres escalerillas que le separaban de la puerta, después de haber dado una patada al rifle de su amigo, para ponerlo fuera de su alcance, pulsó el mecanismo que la abría.

Ray estaba horrorizado.

Se hizo a un lado.

Y el «otro» —pero ¿podía llamársele así?— avanzó, subiendo por la escalerilla, y penetró en el interior de la astronave.

Ray cerró la puerta cuando el «otro» hubo entrado.

Fijamente, en silencio, se miraron durante un largo rato. A pesar de su sangre fría, Ray tuvo que hacer un esfuerzo supremo para impedir que su rostro expresase el asco y la repugnancia que experimentaba en aquellos momentos.

Porque no era para menos.

Delante de él se alzaba el cuerpo macizo del profesor Lañe, el biólogo. Pero sólo el cuerpo.

Porque, a partir del cuello, hacia arriba, el profesor Lañe... ¡tenía dos cabezas!

La suya propia y la del profesor Griswold que, con los ojos abiertos, también miraba al comandante de la «USA-Space-7».

Un poco más allá, Larry continuaba llorando.

Galaxia 287 -2

Sobre la mesa, humeante estaba la taza de café que ella había preparado para él. Y también había allí una porción de platos; mermelada, un trozo de tarta, unos sandwiches de queso y un poco de nata.

Le sonrió, al verle entrar:

—¡Buenos días, comandante!

—Buenos días, miss Olson.

—Aquí tiene su desayuno.

—Gracias. ¿Y la señorita Dennis?

—Molly no ha dormido bien. Tuvo pesadillas, según me ha dicho, y va a quedarse un poco más en la cama.

—Bien. Igual le ocurre a Larry.

—¿No se siente bien?

—No es nada —contestó él, evasivamente — .Quizás un poco de sueño por la guardia de anoche.

—Debía usted permitirnos que nosotras hiciésemos también guardias, comandante.

—Por el momento, no. ¡Y haga el favor de no llamarme comandante! Creo —añadió, sonriendo— que no caben ya entre nosotros esas fórmulas de cortesía, que, en las actuales circunstancias, parecen un poco fuera de lugar. ¿No le parece?

—Sí. Puede llamarme por mi nombre.

—Gracias, Esther. Así me parece mucho mejor para todos.

—Y a mí también. ¿Va a desayunar?

—Sí. Pero voy a hacerlo en mi cabina. Quiero terminar unos cálculos

que estoy haciendo. Todavía no es nada importante, pero puede que más tarde nos ayude a salir de aquí.

—¡Ojalá no se equivoque! Si usted va a su cabina, yo pasaré por la de Molly, que ya debe haberse despertado.

—Me parece una excelente idea, Esther.

—Hasta luego, Ray.

Esperó a que ella saliese para colocar todo lo que había en la mesa sobre una bandeja. Después, cargado con el suculento desayuno, se dirigió hacia el piso superior, a su propia cabina, cuya puerta, que estaba entreabierta, empujó con el pie.

Dejó la comida sobre la mesa y volviéndose hacia el otro rincón de la estancia, miró hacia allí.

Allí estaba el «bicéfalo». ¿De qué otra manera llamarlo?

Lane Griswold miraba con sus cuatro ojos al joven.

Y fue el geólogo, con su propia boca, quien habló:

—Le ruego que perdone todas estas molestias, comandante.

—No digan tonterías. Para mí, a pesar de su actual aspecto, siguen siendo los mismos. Pueden comer. Esperaré fuera.

Los ojos de Griswold se entristecieron.

—Comprendo. Acabaremos pronto.

Ray salió, encendiendo un cigarrillo en el pasillo.

Era incapaz de estar allí dentro, en la cabina, mientras comía el «bicéfalo». Sólo pensar en aquellas dos manos sirviendo ora a una boca, ora a la otra, le daba náuseas.

Todavía no había hablado con la doble personalidad — parcial— de los dos profesores. En realidad, una vez los condujo a la cabina, «ellos» o «él»— ¡qué difícil era precisar una manera lógica de llamarlos! — habían caído rendidos, durmiéndose en seguida.

¿Qué cosa horrible debía haberles pasado?

Frunció el entrecejo, experimentando por primera vez un desaliento

que se hermanaba con la seguridad que iba abriéndose paso en su mente, de que nunca lograrían salir de

Y se estremeció al pensarlo.

CAPÍTULO 8

Diez minutos más tarde, el «bicéfalo» daba un golpe en la parte interior de la puerta, y Ray, comprendiendo que habían terminado de comer penetró en la cabina.

Empleando sus dos manos, el «bicéfalo» estaba fumando dos cigarrillos, uno con cada boca.

Teacher se dejó caer en una silla y encendió a su vez otro cigarrillo.

Luego preguntó:

—¿Han calmado ya el hambre?

Sí, gracias —repuso la cabeza de Griswold —. Ahora quiero decirle algo, comandante.

Le escucho.

Bien. Verdaderamente puede creer que no me agrada en absoluto lo que voy a decirle. Porque se trata de arrancar de su conciencia toda esperanza, señor Teacher. No hay nada que hacer, convénzase. Estamos irremisiblemente perdidos y jamás saldremos de aquí.

Y como Ray no dijese nada, continuó:

Fíjese bien que cuando me cogieron, yo creía aún que las máquinas obedecían consignas especiales, dictadas por la poca idea que sus amos podían tener de nosotros. Pero cuando me hicieron entrar en aquel colosal quirófano...

Su voz adquirió un tono tétrico y hasta el cuerpo mixto se estremeció.

—Me hicieron penetrar en una serie de cámaras que, después me di cuenta, eran analizadores complejos, como nunca podíamos imaginar

nosotros. Cámaras especiales de descubrir los más íntimos secretos de nuestra fisiología.

«Después me colocaron sobre una mesa enorme, con cepos metálicos que me sujetaban las piernas, los brazos y el cuerpo. Entonces, un brazo largo, metálico, que salía de una máquina enorme, situada al fondo de la sala, avanzó hacia mí, teniendo entre sus dedos articulados un escalpelo afilado.

Hizo una pausa; luego, con un hilo de voz, susurró:

—Habían analizado el límite del dolor humano y conocían perfectamente la resistencia de nuestro organismo al sufrimiento. ¿Sabe lo que es la vivisección, comandante?

—Sí.

—¡Pues es lo que hicieron conmigo! La mano que estaba al final del brazo metálico manejaba unos raros instrumentos; una especie de punzones, bisturíes y escalpelos. ¡Y los hundieron en mi cuerpo!

«Era indudable que yo debía haber sentido un dolor horrible y haberme desmayado ante tan insufrible tortura. Pero ahí está la ciencia maldita de la vivisección.

«Conocen tan maravillosamente bien los límites de la resistencia al dolor que provocaban su nacimiento, deteniéndose exactamente cuando debían hacerlo. Así, la tortura fue espantosa y, sin embargo, no tuve ocasión de refugiarme, ni un solo instante, en el bienestar de ,la inconsciencia.

—¿No se desmayó nunca?

—No. Ni aun cuando los punzones se hundían en las regiones más sensibles. La mano los hacía penetrar milímetro a milímetro, pendiente siempre de mis reacciones. Así analizaron a fondo mi fisiología.

—¿Y qué perseguían?

—No lo sé, aunque estoy seguro de que lo que más les interesaba era conocer la autenticidad de mi dolor.

Los labios de la cabeza de Lañe se movieron: —Todo lo que dice Howard es verdad, comandante. Igual me pasó a mí al injertarme la cabeza de mi amigo. Sentí un dolor tremendo al principio; después

todo se hizo tolerable, y la curiosidad pudo más que nada.

—¡Es inconcebible!

—También lo creímos nosotros, comandante.

—Por eso —prosiguió Griswold — , le digo que no podemos tener esperanza alguna. ¡Son unos verdaderos maniáticos de la investigación biológica y no calmarán su curiosidad hasta habernos reducido a todos a pedazos o convertido en seres monstruosos!

—Pero, ¿por qué han hecho eso con ustedes?

—Pura investigación, señor Teacher. Ya le digo que sienten curiosidad por nosotros; pero, por desgracia, su curiosidad es la misma que la de uno de nuestros sabios puede tener al realizar un injerto. Para ellos somos simplemente animales de ensayo, curiosidades que complacen su espíritu científico.

—¡Estamos arreglados!

—Usted lo ha dicho, comandante.

Hubo una pausa.

Luego, Teacher opinó:

—Yo creo que, como siempre ha sido mi idea, lo que debemos hacer es quedarnos aquí y no salir para nada. Si usted, profesor Griswold, me hubiera hecho caso...

—¿Cree que no estoy arrepentido, comandante?

Y después de un nuevo silencio:

—He maldecido mil veces aquella decisión que tomé. Pero no pude remediarlo, se lo aseguro. Creía poder convencer a esas criaturas, a las que sabía muy inteligentes. Estaba convencido de que su punto de vista, señor Teacher, era erróneo. Pero, de todos modos, ¿de qué sirven ya los remordimientos?

—Siguen sirviendo, profesor. Porque ahora sé que nadie debe abandonar la nave.

—Muy bien. ¿Y cuando las vituallas se terminen? ¿Qué ocurrirá entonces?

Ray se mordió los labios, apretando los puños.

—Tenemos víveres para un par de meses, profesor. Y, a partir de hoy mismo, los racionaré.

—Me parece una buena medida —repuso la cabeza de Lañe.

—Todo eso está muy bien —replicó Howard— , pero no contamos con «ellos».

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no sabemos lo que «ellos» harán. Ya le he dicho antes que están deseando proseguir sus investigaciones con nosotros...

—Le comprendo, profesor. Mas quiero decirle una cosa..., si nos quedamos aquí, lucharemos por defender nuestras vidas, prefiriendo mil veces la muerte antes que pasar a ser conejos de Indias.

—Es lo mejor que podemos hacer —repuso Lañe—. Pero también quería decirle algo —y dirigiéndose a la otra cabeza, hacia la que inclinó los ojos—. Verdad que podemos, ¿Howard?

—Sí, aunque no tiene la importancia que tú le das.

—¿De qué se trata? —intervino el joven.

—De algo curioso que nos ocurre... desde que nos han unido de esta forma. De vez en cuando, algunas veces al día, nuestras mentes parecen también unidas, y nuestros cerebros trabajan a la par. En esos instantes, somos capaces de reunir los conocimientos de ambos y vemos las cosas de una manera distinta. Pero, por desgracia, esos momentos de extrapotencia cerebral son muy cortos, efímeros y distanciados unos de otros.

—Es interesante, sí.

—Yo... —empezó a decir Lañe.

Pero, en aquel momento, una rara vibración, de corta duración, estremeció la estructura de la nave.

—¿Eh? —inquirió Teacher, poniéndose en pie.

—¿Qué ocurre? —preguntó a su vez Griswold.

—Voy a enterarme ahora mismo —repuso Ray, saliendo de la cabina a

toda velocidad.

Otro estremecimiento le sorprendió al empezar a descender la escalera que llevaba al salón.

* * *

—¿Eh? —saltó Molly, con los ojos llenos de alegría-. ¿Es verdad eso, Larry?

—Sí, es verdad.

—¿Y está bien?

—¿Bien? -dudó unos instantes; después dijo-: sí, está bien.

—¿Y el profesor Griswold? -preguntó Esther, con un deje de tristeza en la voz.

—También regresó... Regresaron juntos, pero...

Ellas se dieron cuenta de que había algo más. E, insistiendo, Esther apremió:

—¡Acabe de una vez, Larry! ¡Por el amor de Dios! ¿Es que no se da cuenta de lo que nos está haciendo padecer?

—Voy a decirlo. No tengo más remedio. Es imposible que guarde aquellos horrorosos recuerdos para mí solo. Me moriría...

Y después de una corta pausa:

—Llegaron los dos; es decir, llegó Lañe, pero con la cabeza de Griswold pegada a su cuerpo.

—¿Está usted loco, Larry?

Larry exclamó:

—No me extrañaría mucho estarlo, señorita Olson. ¿Cree que ver a aquel monstruo no es suficiente para perder la razón?

—Pero -balbució Molly-... es posible que... ¿es verdad eso, Larry?

—Lo juro.

Hubo un silencio, cargado de tristeza, que pesaba sobre ellos como una losa.

—¡Pobre profesor Griswold! —exclamó Esther, con una sincera expresión de dolor.

—Pobres de los dos —dijo Larry-. ¡Si ustedes les hubieran visto!

—¿Dónde están ahora?

—Ray debe haberles llevado a su cabina para que no les viesen. Ellos tampoco querrán mostrarse. Y es comprensible.

—Sí.

—Anoche, cuando les vi llegar —yo estaba de guardia—, creí que me iba a desmayar. Pero Teacher les recibió como si tal cosa. ¿Creen que esa es la forma de comportarse de un ser humano?

Ninguna de las dos repuso nada, pero Esther sintió, a partir de aquel momento, que su admiración y simpatía hacia Teacher se centuplicaban.

Molly había palidecido intensamente.

—¡Esas criaturas son criminales! ¿Es que no se dan cuenta de que somos nosotros? ¿Cómo se atreven a tratarnos como vulgares cobayas? Porque estoy segura de que todo lo que han hecho con los dos pobres desdichados profesores es una investigación inhumana, cruel y despiadada... ¡Vivisección! Jamás creí que nadie pudiese hacer algo así con seres humanos.

—¿Ha hablado usted con... ellos? —inquirió Esther.

—¿Yo? —exclamó Larry, con una expresión de horror en la mirada —. ¡Nunca lo haré, señorita Olson! ¡Me moriría de asco!

—No creo que sea ésa la posición que hemos de adoptar hacia esos desdichados, Larry. Son dignos de compasión y, ahora más que nunca, nos necesitan. ¡Qué razón tenía el comandante cuando se enfadó por la salida del profesor Griswold! ¡Y qué estúpida fui al no comprenderlo!

—Siempre tiene razón —rezongó Pine—. Pero él huyó, dejando a Lañe en la estacada.

Iba a responder Esther, colérica, cuando una vibración hizo estremecer a la nave.

—¿Qué es eso? —inquirió Molly, pálida como el papel.

—No sé —repuso Larry con un tono de color en la piel que se parecía mucho al de la muchacha.

Guardaron silencio, con los sentidos alerta a la menor variación de aquella vibración que seguía, aunque ahora era bastante menor.

—Parece venir de las bodegas —musitó Larry, con un hilo de voz.

—Deberíamos avisar al comandante —dijo Esther.

Pero Molly, que estaba frente a la entrada del salón, lanzó en aquel momento un alarido indescriptible.

Los otros se volvieron, aterrados.

En la puerta, mirándoles con sus ojos verdosos, había tres robots, brillantes como pedazos de acero.

Molly perdió el sentido, con un profundo suspiro.

Los robots avanzaron y se apoderaron de las tres personas, sin que hubiera más resistencia que la que opuso Esther, que golpeó inútilmente con los puños el pecho de acero de su agresor.

En cuanto a Larry, parecía como si la sangre hubiese huido de sus venas. Estaba blanco, enormemente blanco, casi cerúleo. Y se dejó llevar, mansamente, descendiendo por la escalerilla que conducía a las bodegas.

Al llegar allí, comprendió que la vibración había sido producida por los robots que, sirviéndose de un extraño aparato que aún yacía en tierra, habían perforado la chapa de la nave, haciendo un agujero lo suficientemente grande como para pasar por él.

Y a través de aquella abertura pasaron todos, dirigiéndose hacia la rampa.

Uno de los robots se inclinó, recogiendo el aparato que había servido para perforar la pared exterior de la «USA- Space-7».

* * *

Ray bajó como una tromba, penetrando en el salón, que, naturalmente, encontró vacío.

— ¡Señorita Olson! —llamó.

Nadie le contestó.

Corriendo de un lado para otro, con una sensación helada en la espalda, recorrió las cabinas, sin encontrar a nadie en ellas.

Luego, sospechando algo, atravesó como una exhalación el salón, precipitándose a las bodegas y llegando hasta el agujero por el que pasó, justo en el momento en que los robots y sus prisioneros llegaban a la parte superior de la rampa.

Se quedó helado.

Vio perfectamente a las dos mujeres —Molly, desmayada, iba en brazos de uno de los raptores. Y también vio a Larry, caminando mansamente, cogido por el brazo por uno de los hombres máquina.

Cerró los puños hasta clavarse las uñas en la palma de la mano, haciendo brotar la sangre, maldiciendo el no haber llevado el rifle, que había dejado al lado de su cabina.

Pero, aunque lo hubiese tenido ahora, ¿qué podría hacer?

Utilizarlo, no..., ya que hubiera herido o matado a los prisioneros.

Tenía razón Griswold al decir que no había salida a aquella situación espantosa.

Contempló con lágrimas en los ojos, lágrimas que la rabia y la impotencia hacían más amargas, cómo los robots y sus presas desaparecían detrás de la puerta, al final de la rampa.

Y al imaginar, cosa que podía hacer fácilmente, lo que esperaba a aquellas desgraciadas criaturas humanas, palideció intensamente.

Ahora estaba solo, con la doble personalidad monstruosa de los profesores: sólo con un ser anormal y quimérico...

Completamente solo.

Volvió la espalda al orificio, dirigiéndose despacio, encorvado, hacia los pisos superiores de la astronave. Estaba vencido y lo sabía. Ninguna esperanza iluminaría jamás la negrura de su soledad, las tinieblas de su indecible tristeza.

Pero, sin embargo, no estaba dispuesto a entregarse mansamente a los robots para servir de conejo de Indias a la curiosidad malsana y morbosa de sus misteriosos dueños.

¡Lucharía!

Recordando a los profesores, se dirigió hacia su cabina, llamando a la puerta.

Nadie le contestó.

Frunciendo el entrecejo, sorprendido y temiendo alguna otra desgracia, la de quedarse completamente solo —ya que aunque monstruosa, la compañía del «bicéfalo» era preferible a la soledad horrible —, penetró brutalmente en la cabina.

No tuvo tiempo para hacer nada.

Algo durísimo cayó bruscamente sobre su cabeza, una luz cegadora apareció ante él. Y se hundió de golpe en la negrura indefinida de la inconsciencia…

CAPÍTULO 9

Eestaba solo.

Todo lo que temía se había producido, y los profesores habían desaparecido, como si la tierra se los hubiese tragado.

Recorrió la astronave de un lado para otro, convenciéndose de que no había nadie, como si aún pensase que todo aquello no era más que una desagradable pesadilla.

Durante muchos días, jamás se dio cuenta de cuántos transcurrían, en un hilar de horas interminables, vagó de un lado para otro, sin saber qué hacer, experimentando una depresión creciente, que le iba

llevando, haciéndole deslizar, resbalar, precipitarse, por una pendiente resbaladiza, hasta una melancolía que tenía mucho de desesperación.

Finalmente, un día, uno de ellos, se decidió, prefiriendo terminar aquella situación de una vez para siempre, incapaz de resistirla un momento más.

Cogió dos rifles, proveyéndose de gran cantidad de municiones. Y, abandonando la nave, por el orificio que los robots habían hecho, marchó hacia la rampa, sin volver ni una sola vez la cabeza, como si comprendiese, sin lugar a la menor duda, que la «USA-Space-7» iba a desaparecer de su vida, al mismo tiempo que ésta, para siempre.

Lo curioso es que el temor había huido definitivamente de él. Caminaba tranquilo, sin apresurarse, sabiendo hacia dónde iba y lo que deseaba. Estando seguro del término de su aventura, de su última aventura, avanzaba por el pasillo, después de atravesar la puerta de la rampa, deseando que los odiosos robots apareciesen, para empezar lo que tenía que terminarse pronto.

Fue una verdadera casualidad, algo que no comprendió muy bien, el que viese, antes de llegar al final del pasillo, ante la puerta famosa que ya conocía, otra puerta, en la que no se había fijado hasta ahora y que estaba a su derecha.

El que se percatase de su existencia se debió a que la puerta estuviese solamente entornada. La empujó, hallándose ante una escalera de caracol que se dirigía hacia arriba.

No lo dudó ni un instante.

¿Qué podía importarle ser atacado en aquel piso o en el superior?

Además, a pesar del fatalismo que gravitaba sobre él, le interesaba, por curiosidad, ver algo nuevo antes de morir.

La escalera resultó ser mucho más larga de lo que podía haber imaginado en un principio. Y cuando estuvo arriba, se halló en una sala semicircular, cuyo lado interno estaba formado por una barandilla a la que se acercó con pasos cautelosos.

Al asomarse a su borde, comprendió inmediatamente dónde se encontraba.

Porque, desde allí arriba, estaba viendo el quirófano del que le habían hablado los profesores.

Se trataba de una sala enorme, con una serie de mesas metálicas, que parecían destinadas a colocar sobre ellas a gigantes. La máquina de los brazos ocupaba todo un lado de la estancia y era colosal.

Pero no fue aquello lo que llamó la atención a Ray.

Sus ojos apenas se separaron de las mesas, descubriendo a Molly y a Esther que estaban colocadas sobre dos de ellas.

Anillas de acero sujetaban sus brazos y piernas, y una mayor ceñía estrechamente sus cinturas a la tremenda mesa.

Teacher comprobó que, por el momento, ambas jóvenes estaban indemnes.

Pero al mirar hacia la tercera mesa, sobre la que estaban posadas dos manos metálicas, cuyos larguísimos brazos atravesaban el quirófano hasta hundirse en ta máquina del fondo, se estremeció.

Tuvo que hacer un esfuerzo para mirar hacia allá, y apretó los dientes, con rabia.

¡A Larry le habían amputado los dos brazos!

Era un espectáculo impresionante y Ray experimentó una sensación de angustia que le atenazó el pecho, como si uno de aquellos cepos de las mesas le apretase al máximo.

Conocía a Pine y a pesar de saber de memoria todos sus defectos, que eran muchos, le apreciaba sinceramente. Y ahora, al verle así, sentía una pena indecible, dándose cuenta de que aquel muchacho no volvería nunca a ser una criatura normal.

Fue en aquel momento cuando los ojos de Pine se abrieron, clavándose en él. Las manos metálicas se habían alejado del cuerpo mutilado del joven, como los tentáculos de un gigantesco pulpo.

Ray se estremeció al ver que Pine le miraba fijamente.

Y, momentos después, la voz de Larry se dejó oír, gritando, resonando con mil ecos en el interior del quirófano.

—¿Estás ahí, superhombre? ¿Te das cuenta ahora de lo que ha pasado? ¿Por qué no ordenas hacer guardias, mentecato? ¡Canalla! No has sabido defendernos...

La voz de Esther sonó entonces:

—¡Cállese, Larry! ¡No tiene derecho a...!

Pine soltó una carcajada.

Verle reír, destrozado de aquella guisa, producía un dolor indescriptible.

—¡Ja, ja, ja...! ¡A buenas horas vas a defender a tu amado, estúpida! ¿Crees que he soportado todo esto para facilitarle ahora las cosas? ¡Deseo que le cacen, que le hagan padecer, que hundan sus endiablados bisturíes en su carne, que sienta el dolor como yo lo he experimentado y que se lleven sus brazos como se han llevado los míos!

Y levantando la voz, dando unos gritos espantosos:

—¡Ahí está el comandante, robots! ¡Aquí tenéis una presa más! ¡¡La mejor de todas!! ¡¡No dejadle escapar!

Pero no hacía falta que Pine gritase.

Un grupo de robots, que había aparecido por una de las puertas, miró hacia la balaustrada y uno de ellos extendió un brazo, señalando a Teacher.

Este sabía que la lucha iba a empezar.

Pero, desesperado como estaba —las palabras de Larry le habían herido en lo más hondo —, quiso demostrar a lo que quedaba de Pine que no había venido a regodearse viendo lo que los robots habían hecho.

Y, sin pensarlo, con sus armas cogidas fuertemente saltó valientemente al quirófano.

—¡Huya, Ray! —le gritó Esther, desesperada, intentando liberarse de las argollas de acero.

Los robots avanzaban, y el hombre no tardó en hacer fuego, fríamente, poniendo el alma en cada disparo.

Llamaradas rojas surgieron del cañón de su rifle, y los robots, con aquellos gritos espantosos, se desplomaron, quedando destrozados en el suelo. Los dos que seguían en pie se volvieron, huyendo hacia la puerta. Pero uno de ellos, el que iba detrás, recibió la llamarada y cayó para siempre.

—¡No dejadle escapar! —aullaba Pine.

Sin hacer caso de aquellas voces, Teacher se acercó a las mesas donde yacían las muchachas intentando vanamente liberarlas de las ataduras metálicas.

Esther tenía los ojos arrasados por las lágrimas.

—¡Huye, Ray, por favor!

El la sonrió.

—No temas, Esther. Desdichadamente, no podemos hacernos ilusiones, pero quiero darles una lección antes de morir.

—¡Máteme, comandante! —gritó Molly—. ¡No podré soportar las cosas que le han hecho a Larry! ¡Tenga piedad de mí!

Ray miró gravemente a Esther.

La joven dijo:

—Es lo mejor que podías hacer, querido. Hemos presenciado lo que han hecho con ese pobre y...

La frente del joven se cubrió de sudor.

Luchaba con una desesperación rayana en la locura contra las ideas contradictorias que desfilaban, sin cesar, por su mente. Por una parte, la petición de las muchachas le parecía lógica, humana, sensata hasta no caber más.

Pero...

¿Cómo matar a lo que más se quiere? ¿Cómo destruir algo que se desea con toda la fuerza del corazón?

—Hazlo, Ray...

Era la voz de Esther, y Teacher la miró, hundiéndose en aquellos ojos que las lágrimas hacían más hermosos.

¡No podía hacerlo!

—¡Ray! —insistió la muchacha — . ¿Es que quieres que nos conviertan en trozos humanos... como a Larry?

—Pero, querida...

Fue Molly la que le previno:

—¡Cuidado, Ray!

Se volvió.

Dos grupos de robots avanzaban, desde dos lugares diferentes, hacia el lugar donde él se encontraba.

Echando mano al rifle, que había dejado sobre la mesa, Teacher retrocedió, disponiéndose a defender cara su vida.

Disparó dos veces consecutivas, tumbando a otros tantos adversarios. Pero el otro grupo se acercaba por la derecha, demasiado rápidamente y se vio obligado a retroceder.

Otras dos veces disparó, haciendo desplomarse a aquellas criaturas metálicas.

Pero entonces, antes de que pudiera hacer algo, una le atrapó, con una fuerza colosal, inmovilizándole por completo.

Se volvió, viendo con horror que había cometido un error fatal al olvidar que retrocedía hacia la máquina. De ésta, de repente, habían surgido cuatro enormes manos metálicas, que eran ahora las que le sujetaban, las que le arrancaron los rifles, las que hicieron inútiles todos sus esfuerzos.

De nada sirvieron sus golpes, sus contorsiones. Las manos le sujetaban de una manera implacable. Y cuando las armas cayeron al suelo, las manos le elevaron en el aire, llevándole hasta una de las mesas metálicas, donde le colocaron. Surgiendo de la superficie de la mesa las argollas, se ciñeron a sus miembros y a su cuerpo, dejándole como pegado a la chapa brillante.

¡Había perdido la partida!

Silenciosos, los robots recogieron los rifles y lo que quedaba de sus compañeros, saliendo por una puerta del fondo.

La mesa donde se hallaba Ray estaba entre las que ocupaban las dos jóvenes y a corta distancia, por detrás, de aquella sobre la que reposaba Pine.

Larry, en cuanto los robots desaparecieron, empezó a hablar:

—¡Ya has caído, comandante! ¿Cómo ves las cosas ahora? ¡Pronto comenzarás a gritar! ¡En el fondo no eres más que un cobarde!

Molly atajó, con voz cargada de cólera:

—¡Tú sí que eres un cobarde, Larry! No hiciste nada por defendernos cuando los robots irrumpieron en el salón... ¿Y aún te atreves a insultar a tu comandante, que acaba de demostrarnos cómo pelea un hombre?

—De poco va a servirle, bruja. Tú misma oirás sus alaridos y te convencerás de que tiene tanto miedo como nosotros.

Un siseo suave le interrumpió.

Y todos vieron que una mano, con un escalpelo entre los dedos, avanzaba hacia ellos. Otra mano la seguía, más lentamente, hasta que, con un movimiento brusco, llegó sobre Teacher en un abrir y cerrar de ojos, arrancándole la ropa que cubría su tórax y dejando ai aire su piel, que el so! de la Tierra había quemado.

Larry lanzó una carcajada.

—¡Bien, amiguito! Te ha llegado la hora... ¡Ahora veremos cómo gritas!

La mano del escalpelo estaba ahora sobre él.

Sin poderlo evitar, Ray sintió que la angustia le ganaba. Y, en aquellos momentos, la hermosa brisa de esperanza que había experimentado antes desapareció por completo.

Sonrió tristemente.

La mano iba descendiendo y el escalpelo dibujó un trazo de sangre sobre el tórax, abriendo al aire las capas superficiales del cuerpo.

Pero Teacher no gritó.

* * *

Iban atravesando pasillos, corredores metálicos, guiados por aquella rara intuición que había surgido en sus mentes, de una manera tan

misteriosa como inesperada.

Avanzaban seguros de sí mismos, cada vez más identificados con el misterio que les rodeaba, comprendiendo poco a poco, las cosas que hasta aquel instante, habían permanecido alejadas por la barrera de lo imposible.

Por eso habían golpeado a Teacher, para evitar que saliese de la astronave, aunque desdichadamente de nada sirvieron aquellas extraordinarias medidas.

Y era de esperar, porque la soledad había salido victoriosa y Ray había cometido el tremendo error de dejarse coger.

El bicéfalo se movía por los pasillos, dirigiéndose hacia el corazón de la astronave colosal, yendo directamente al fondo del misterio.

Ahora comprendían, después de haberlo discutido mucho, lo que había ocurrido en ellos, multiplicando por mil la fuerza mental de su cerebro y proveyéndoles de poderes que jamás habrían concebido antes de ahora.

Así pudieron sembrar la esperanza en el cerebro de Ray, llevando hasta él el mensaje de su propia seguridad. Pero, para hacerlo, tuvieron que descubrir que habían encontrado en ellos potencias extrañas, entre las que destacaban la visión lejana y la telepatía.

En verdad, había sido una gigantesca sorpresa para ellos.

Poco a poco se percataron de que la unión de sus cabezas había sido algo más que un caso de Teratología. Era evidente que los robots no habían pensado en aquella «sincronización» mental que se había producido. Y lo que fue antes un fenómeno curioso y esporádico se convirtió, en el momento que Teacher abandonó la cabina, atraído por la anormal vibración de la astronave, en segura posesión de poderes extraordinarios.

Ya antes de salir de la astronave habían tenido como una especie de visión global que, aunque parcial y borrosa en aquellos momentos, había empezado a darles una idea de lo que acababan de adquirir.

—Howard...

—¿Qué quieres, Adam?

—Han cogido al comandante.

—Ya lo sé.

Era curioso que, a pesar de la identificación de sus cerebros que, en realidad, no funcionaban más que como uno solo, tuvieran que hablarse cuando deseaban comunicarse algo.

—Tendremos que darnos prisa.

—Sí.

Hubo una pausa. Después Lañe dijo:

—Las muchachas, por el momento, han escapado.

—No te hagas muchas ilusiones. Hemos de apresurarnos. ¡Si esta maldita nave no fuese tan grande!

—Parece una ciudad.

—Y debe serlo.

Volvieron los cerebros a funcionar al unísono, buscando en aquel dédalo espantoso, el hilo de Ariana que les condujese al centro de todo, donde estaban seguros de resolver el misterio y poder ayudar a los que en el quirófano esperaban algo mucho más horrible que la misma muerte.

—Estamos llegando.

—Sí. Debe ser detrás de esa última puerta.

—¿Vamos?

—¡Adelante!

Y empujaron la puerta.

CAPÍTULO 10

El escalpelo había trazado una línea rojiza en la piel bronceada de Teacher, abriendo una incisión bastante profunda, de la que ahora

brotaba un serpenteante hilo de sangre.

La mano metálica se alzó y allá lejos, detrás de ella, en las entrañas de la máquina, algo debió suceder para que la mano permaneciese en el aire, sin descender más sobre el cuerpo de Ray.

Este no sabía qué pensar.

Momentos más tarde, un grupo de robots salió por una de las puertas, acercándose al joven, al que miraron con sus ojos verdosos. Permanecían callados, pero sus brazos se movían y sus largos dedos de acero señalaban la herida.

Uno de ellos hizo un gesto.

Y la mano, obediente, volvió a bajar, trazando otro surco sangriento, esta vez más profundo, en la piel de Teacher.

Ray sintió algo horrible, que hizo que dos lágrimas asomasen a sus ojos. Pero, mordiéndose los labios, se dominó y ningún sonido, ninguna queja brotó de ellos.

La mano volvió a subir y los robots bracearon, gesticulando como nunca lo habían hecho.

Y fue entonces cuando la voz de Larry se dejó oír:

—¡Ray! ¡Ray!

Haciendo un esfuerzo Teacher despegó los labios.

—¿Qué hay?

—¡Perdóname, Ray! ¡Soy el peor de los canallas! Y lo malo es que estaba seguro, antes de que esto ocurriese, que no ibas a quejarte, que nunca lograría oír tus gritos de dolor.

—Me cuesta mucho no darlos; te lo aseguro, Larry.

—¡No digas eso! ¡Tú sí que les estás dando una lección! ¡Date cuenta de cómo te miran! Han encontrado a un hombre, a uno de verdad —agregó, con amargura en la voz—. Y ahora no saben qué pensar. Quizá te consideran diferente a nosotros.

—No digas bobadas.

—¡Querido!

Ray inclinó un poco la cabeza hacia la derecha, mirando a Esther.

—¿Qué hay?

—Estoy muy orgullosa de ti… Procuraré imitarte, amor mío.

—¡No digas bobadas! ¡No sé lo que daría por tener otra vez mi rifle! ¡Qué mal hice cuando no os escuché a Molly y a ti!

—¡No se preocupe por mí, comandante! —gritó Dennis—. Acaba usted de darnos una hermosa lección y procuraremos imitarle. Aunque, en realidad, a nosotras, las mujeres, el gritar nos calma no poco.

Los robots se alejaban ahora y, después de salir del quirófano, tomaron una rampa movible que les llevó hacía los pisos superiores de la astronave.

* * *

Empujaron la puerta.

La estancia, como casi todas las de la astronave, era enorme, pero estaba casi totalmente ocupada por una gigantesca máquina. Y ante ella, sentado en un sillón, de espaldas a la puerta, había un hombre.

Algo debió oír, porque se volvió bruscamente, mirando ai bicéfalo que estaba en el umbral, con los cuatro ojos clavados en él.

Era viejo, muy viejo y su rostro estaba cubierto de infinitas arrugas. Su enorme frente, con manchas amarillentas en su piel tersa, terminaba, muy atrás, en una mata de cabellos blancuzcos y escasos.

Una sonrisa triste, que más parecía una mueca, entreabrió sus temblones labios.

Alargando una de sus arrugadas manos, con dedos largos y uñas como las de una fiera, se apoderó de algo que parecía un micrófono y que resultó serlo realmente.

—Puede decirse que les esperaba —dijo.

—¿Cómo es eso?

—Tenía que ocurrir.

—¿Quién le ha enseñado nuestra lengua?

—Nadie. En realidad estoy hablando en la mía, sirviéndome de un traductor electrónico-magnético. Estoy contento de que hayan venido.

—¿Es eso cierto?

—Sí. Llevo, aproximadamente, tres mil de sus años vagando por el espacio, en busca de algo que, afortunadamente, he encontrado ya.

—¿Dónde?

—En ustedes.

—¿Y qué ha encontrado?

—Seres como yo.

El bicéfalo dijo:

—No comprendemos.

El viejo volvió a sonreír.

—Hace mucho tiempo, siglos de ustedes, años o días para mí, mi mundo de origen, muy lejos de aquí, sufrió los efectos de una hecatombe cósmica. Una estrella, que vagaba por el espacio, chocó contra nuestro sol, destruyendo la armonía y la fuente de energía de nuestro Sistema.

»A miles de años de luz y de felicidad, sucedieron épocas de sombra, de hambre, de desolación, de muerte... Y nosotros empezamos, ante la falta de brazos humanos, a construir robots. Durante siglos, un grupo de humanos, en el fondo de refugios especiales, lejos de lo que los demás padecían y que les destruía implacablemente, fuimos buscando un sucedáneo a nuestros semejantes.

»Porque deseábamos huir de aquel Sistema muerto y teníamos que crear los brazos capaces de construir la astronave que nos sacase de allí.

—¿Lo consiguieron?

—Sí. Seiscientos años después de la horrenda catástrofe, escapábamos, doce en total, del mundo de negrura que había sido el nuestro.

Estábamos casi seguros de que, en algún lugar del espacio, nos encontraríamos con seres como nosotros, que nos recibirían como amigos, como hermanos de raza; pero...

—¿Pero qué?

El viejo denegó con la cabeza.

Después, suspirando, continuó:

—Todo fue en vano. Vagamos por el espacio, recorriendo cientos de constelaciones, miles de sistemas, millones de planetas. La \/ida no había llegado allí u ofrecía formas inferiores, despreciables.

Hizo una pausa, para proseguir seguidamente:

—El tiempo pasó y aunque nuestras vidas, comparadas con las de ustedes, son casi prácticamente eternas, la muerte empezó a causar bajas en la docena de astronautas que habían escapado del mundo de la sombra.

—¿Y cómo no encontraron mundos capaces de servirles como nueva patria?

—Encontramos muchísimos que reunían aquellas condiciones.

—¿Y por qué no se quedaron en uno de ellos?

—¿Para qué? Nosotros no llevábamos con nosotros ninguna semilla de vida humana... éramos hombres todos. Lo que deseábamos, cada vez con más fuerza, era encontrar una raza como la nuestra, a la que dar todos los beneficios de nuestra técnica, recibiendo en pago un poco de compañía hasta que la muerte nos llamase.

—Comprendemos.

—Mis compañeros empezaron a desaparecer, muriendo uno tras otro. Y los que quedábamos, horrorizados por el futuro de espantosa soledad que nos esperaba, seguros de que no hallaríamos un mundo poblado por seres humanos, convencidos de que éramos los únicos hombres del Universo, nos lanzamos, locamente, atemorizados, a la perfección de los robots.

—¿Para qué?

—Sencillamente, para tener cerca de nosotros algo que pareciese humano. Para esperar la muerte junto a un calor ficticio, es verdad. Y,

al mismo tiempo, para dejar en el Cosmos algo que recordase nuestra raza.

»No podíamos crear vida humana. Por eso, locos de pavor, pensando que nada semejante a nosotros quedaría en la inmensidad del Universo, nos lanzamos a perfeccionar el mecanismo de los hombres mecánicos, deseando que fuesen lo más perfectos posible, lo más parecido a nosotros, de manera que fueran como una muestra de lo que nosotros habíamos sido.

—Ya vemos…

—Logramos muchísimo. Conseguimos afinar sus máquinas, logrando que fueran cada vez menos eso… menos máquinas y más hombres. Sustituimos los mecanismos electrónicos por masas bioquímicas, capas de aluminio esponjoso en los pulmones, músculos artificiales, de material plástico…

»Poco a poco, nuestros nuevos robots nos parecían menos máquinas. Y cuando conseguimos, por fin, colocar un corazón, un sistema circulatorio, cuando oímos latir algo bajo sus corazas, nos sentimos llenos de gozo.

Volvió a descansar, prosiguiendo luego:

—Respecto a las nuevas criaturas, no podíamos, naturalmente, remedar a la naturaleza. Pero les hemos enseñado a construir robots tan perfectos como los que nosotros logramos. Era la seguridad de que una raza de criaturas, remedo de lo que nosotros éramos, quedaría en el Universo, vagando de un Sistema a otro, como una muestra de algo que no debió extinguirse nunca: la raza humana.

—Pero nosotros somos humanos.

—Lo he sabido hace muy poco.

—¿Cómo?

La mueca o la sonrisa en los labios del viejo desapareció y su expresión se hizo dura.

—Hay algo que ustedes ignoran. Y es que nuestro final, el de nuestra raza, el de mi pueblo, no fue el único.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que otros pueblos, antes que el mío, debieron sufrir la misma suerte. Y cuando, al llegar a algunos planetas, creímos, locos de alegría, haber encontrado finalmente los humanos que deseábamos, comprobábamos, por último, que se trataba de robots, más o menos perfectos que los que nosotros habíamos creado.

»Por eso, amargados por las desilusiones que recibimos, dimos órdenes a las máquinas y a nuestros robots de realizar un estudio detallado de las criaturas que encontrásemos o, lo que era peor, las que encontrasen ellos… cuando yo hubiera muerto y estuviesen solos.

—Sí, es verdad; pero…

—Déjenme seguir. ¡Teníamos que estar seguros de que todos nuestros esfuerzos no iban a ser baldíos y que nuestras criaturas mecánicas, que tanto se acercaban a nosotros, no iban a ser destrozadas por robots más bastos, pero más fuertes, como encontramos alguno!

—¿Es por eso por lo que nos hicieron la vivisección?

—Sí.

—Pero… aunque eso pudiera explicarse, con ciertas reservas, ¿a qué viene el haber injertado la cabeza de uno de nosotros en el cuerpo del otro?

—Eso no entraba en mis cálculos y ha sido obra de la curiosidad de los robots.

—¿Son capaces de pensar?

—¡Naturalmente! Sus cerebros han sido construidos con «neuricón», un plástico que es lo más semejante a la materia gris de los humanos. Piensan, calculan, reaccionan, respiran, se emocionan…

—¡Pero no son hombres!

Hubo una luz triste en el rostro del viejo.

—No, no lo son. Pero tampoco creí que lo eran ustedes.

—¿Cómo es posible? —era la voz de Griswold la que sonaba ahora, colérica — . ¡Sus robots abrieron mi cuerpo, dejando la cabeza a un lado, y lo destrozaron, examinando todos y cada uno de mis órganos! Cualquier estudiante de medicina de la Tierra se hubiera dado cuenta de que todo aquello pertenecía a una criatura viva.

El viejo sonrió.

—No lo crea. Si abriese uno de nuestros robots vería todo, absolutamente todo, lo que ellos extrajeron de su cuerpo. Incluso si examinase un trozo de sus cuerpos al microscopio, descubriría células; células perfectas y maravillosamente imitadas, pero que engañarían al histólogo más experto.

—¡Qué locura, Dios mío!

—Es posible que lo sea. Ya les he dicho que lo de las cabezas fue una idea de uno de los robots, que deseaba investigar por su cuenta.

—¡Menuda broma!

—Sí, ha sido desagradable.

—¿Y cómo se dio cuenta de que éramos humanos?

—Hace sólo un rato, cuando ese joven, al que ustedes llaman comandante, resistió el dolor.

—¿Sólo por eso?

—¿Les parece poco? Nuestros aparatos registran la intensidad del dolor y las reacciones normales del organismo. Pero sólo una voluntad humana, realmente humana, puede contrarrestar, los efectos del sufrimiento. Los robots gritan o chillan al ser heridos, como podría hacerlo una persona. Pero no serían capaces de dominar el dolor «que se siente». O son máquinas y no experimentan nada, aunque se les haga pedazos. O son robots perfectos y chillan cuando reaccionan ante una agresión externa. Pero sentir el dolor, sufrir y dominar las reacciones... ¡eso no puede hacerlo más que un hombre!

—Comprendemos.

—Ahora que por fortuna he encontrado lo que anduvimos buscando tantísimo tiempo, puedo morir en paz. Ya no son necesarios los robots que mis compañeros y yo hicimos, porque hay una raza humana, infinitamente superior, que conquistará, en su día, el espacio y el Universo, todo.

—¿Qué va a hacer con nosotros?

—Devolverles a su Sistema. Utilizando el magnetismo, que dominamos por completo, voy a devolver su astronave al espacio del Sistema Solar

de la Tierra. Y cuando se hayan alejado lo bastante, haré que esta nave estalle en pedazos, ya que su utilidad ha desaparecido por completo.

Un silencio emocionante cayó sobre ellos.

Después el viejo dijo:

—Desdichadamente, ese llamado Larry no ha resistido la intervención; ha muerto. También el cuerpo del profesor Griswold ha sido destruido… Respecto al caso de ustedes, no les queda más que decidir…

Otro nuevo silencio.

Y, de repente, Griswold habló:

—Ya está decidido. Puede intervenirnos, ¿verdad?

—Sí.

—Perfectamente. Separará mi cabeza y la dejará en la astronave. Moriremos juntos.

—¡Eso no! —aulló Lañe—. ¡No quiero separarme de ti, Howard!

—¿Estás loco? ¿Quieres que nos convirtamos en un espectáculo de feria al llegar a la Tierra?

—¡No me importa!

Griswold sonrió, tristemente.

—Pero a mí sí que me importa, Adam… ¡Debemos separarnos para el bien de los dos!

—¡No! ¿Olvidas que sigo siendo el dueño de mi cuerpo? ¡Nunca dejaré que nos separen!

Intervino el viejo.

—Creo, profesor Lañe, que su colega tiene razón. Ahora le parece todo bien, y me refiero naturalmente a usted. Pero cuando regrese a la Tierra, cuando esté con los suyos, la vida se le hará imposible.

—¡No quiero!

El anciano sonrió.

En aquel momento cuatro robots aparecieron detrás del bicéfalo, cogiéndolo fuertemente.

—¡Gracias! —exclamó Howard.

—De nada, profesor —repuso el viejo—. Haré que traigan su cabeza a esta estancia. Y pasaremos los últimos momentos de nuestra vida charlando. Quiero que me hable de su Tierra. Siento una gran curiosidad por saber muchas cosas…

A un gesto suyo, los robots salieron de la estancia, dirigiéndose hacia el quirófano.

EPÍLOGO

Ray examinó los manómetros, los niveles, yendo después hacia el mapa cósmico, donde, por un mecanismo electrónico, se iba marcando la ruta del «USA-Space-7».

Al oír pasos detrás de él, se volvió.

Era Molly.

Venía con una bandeja y en ella había todo lo necesario para una cura.

—¿Cómo? ¿Estás aquí otra vez, Molly?

La muchacha sonrió.

—¿Otra vez? Si hace más de once horas que no te he curado…

—¿Y crees, verdaderamente, que tengo necesidad de una atención médica tan intensa?

—Tú harás lo que nosotras mandemos.

—¡Arreglado estoy! Dos mujeres a bordo… Y ahora que recuerdo, ¿qué hace el profesor Lañe?

—Acabo de curarle.

—¿Está bien su herida?

—Sí. Le quedará una cicatriz, pero nada más.

Teacher frunció el ceño.

—¿Nada más? ¿Estás segura, Molly?

Ella bajó los ojos.

—Debemos olvidar, Ray, debemos olvidar —su rostro se iluminó y sonriendo de nuevo — : Yo, por mi parte, ayudaré a Adam a que olvide… para siempre.

El la miró con una alegre sorpresa en los ojos.

—¿Cómo? ¿Es verdad?

—Sí. Ray. Nos casaremos en cuanto lleguemos a la Tierra. ¡Estoy dispuesta a aprender, en serio, a jugar al ajedrez!

Rieron.

Empezó a curarle con manos expertas. Después, al terminar, preguntó:

—¿Dónde estamos ya, Ray?

—Cerca de Júpiter. Pronto estaremos en la ruta de la Tierra… ¡camino de casa!

¡Qué ganas tengo!

Una voz sonó en la puerta.

—¿Y creéis que yo no tengo ganas?

Era Esther que se acercó a ellos, cogiendo las manos de Ray.

—¿Te encuentras bien, querido? ¿No te ha hecho mucho daño esta aprendiz de «matasanos»?

—No me ha hecho daño; además, acuérdate que soy resistente al dolor.

Esther miró a Molly y ésta, sonriendo, exclamó:

—¡Bueno, ya me voy!

Se dirigió hacia la puerta, volviéndose cuando se hallaba en el umbral. Entonces, al ver que los otros dos se besaban y que el rostro de Ray se arrebolaba, sonrió.

—¡Resistirás el dolor, Ray! ¡Pero no creo que aguantes mucho tiempo sin respirar! Después de todo, resulta que los hombres, sin excepción, son unos blandengues...

FIN

[1] Protagonista de una popular serie de "comics" de ciencia-ficción. (N. del E.)